REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXI — San José, Costa Rica — 1936 — Jueves 23 de Abril — Núm. 18

Año XVII — No. 753

SUMARIO

Decadencia y desolación del Libertador-presidente .... *Joaquín Tamayo*
Dos novelas ecuatorianas .... *Manuel Navarro Luna*
Carlos Aponte, coronel de Sandino .... *Augusto Arias*
Recado sobre Pablo Neruda .... *Gabriela Mistral*
El poeta chileno Pablo Neruda dice que el mundo da la sensación de que se hace pedazos .... *Aladro Prats*
Gabriela Mistral .... *Julieta Carrera*
Los versos de Jean d'Argente .... *Emilia Prieto*
Golpeando en verso .... *Jean D'Argente*
Alberto Guillén
El burro por delante .... *Alberto Guillén*
Don Ramón del Valle Inclán .... *Pedro Henríquez Ureña*
El monstruo de la United Fruit sigue tragándose las tierras del Sur .... *Juan del Camino*
Tablero
España, moral de siglos .... *Américo Castro*

Decadencia y desolación del Libertador-presidente

Por JOAQUIN TAMAYO

= De *El Tiempo*, Bogotá. Agosto 31 de 1935. =



Bolívar — Dibujo de *Alberto Arango*

La dictadura boliviana estuvo edificada sobre la idea, convertida en dogma, que los venezolanos, granadinos y quiteños, eran incapaces de asimilar y aplicar la noción elemental de un gobierno representativo. Este concepto, equivocado en principio, tuvo visos de verdad en su desarrollo inmediato, y analizado con criterio tolerante, habría podido considerarse como una calamidad común, en lugar de servir como sirvió de ariete político a los mantenedores de la tradición boliviana.

Consciente y resueltamente el libertador-presidente, renunció a la tarea desagradable y compleja de ilustrar a sus conciudadanos sobre asuntos arduos e ininteligibles; con un conocimiento adecuado, casi perfecto, de la mediocridad del ambiente, de la pobreza espiritual del momento y del principio disociador que fatalmente terminaría por destruir su ensayo creador, aplicó según su ilustrado criterio y sus inclinaciones personales determinadas normas de administración pública, no muy diferentes de aquellas, de sabor castellano, antaño rechazadas con orgullo y soberbia por él y sus compañeros de la primera etapa revolucionaria.

Esa disparidad de criterio, ese antagonismo exagerado y brutal entre el ideal republicano del año 19 y las formas duras y antipáticas del caudillaje del año 29, habrían colocado en aprietos a otro menos conocedor de las debilidades del pueblo. Pero el dispensador de todos los beneficios, no podía ni tenía por qué sentir ni adivinar la acción indirecta de resistencia a sus acciones, ya que para la mitad de los colombianos, el gobierno de la dictadura era el mejor de que tenían noticia. Existía además una condición excepcionalmente favorable para el jefe del Estado; las modalidades de su gobierno tenían la peculiaridad inestimable de confundirse con la persona del Libertador, siempre y cuando que, de ellas resultase algún provecho objetivo, pues con olvido de las responsabilidades efectivas, en cuestión de impuestos, y tropiezos de otro orden, los ministros del consejo cargaban con esa paternidad poco provechosa. Tal era a grandes rasgos, el modo de aceptar y de juzgar esa insoportable repartición de beneficios y humillaciones.

Sobre ese concepto de republicanismo, artificiosamente conservado, se destacó con claridad creciente el cesarismo. No tanto como resultado positivo de las inclinaciones íntimas del presidente como por culpa de la mentalidad estrecha de sus colaboradores inmediatos, del cinismo de los militares y de las mismas faltas de un régimen decadente. En aquel momento, los planes dictatoriales partían del conocimiento de su propia conveniencia; así se explica la sensación de desagrado, de terror y desconcierto, compañeros en las filas gobiernistas de una idea falsa y exagerada de su propio valor. La revuelta de Valencia y la separación de hecho de la provincia de Venezuela, fueron el toque de alarma de ese incendio sin fin.

Para Bolívar, más interesado que nunca en el desarrollo natural de sus proyectos, la actitud agresiva de Páez fué indicio revelador de un desequilibrio político, que amenazaba la existencia misma de la Gran Colombia. Sin ilusionarse con los detalles de segundo orden que aún eran favorables a su destino, comprendió rápida y seguramente los efectos desastrosos para él y su obra de esa separación airada. Desde Cartago, en viaje hacia Bogotá, al tener noticia de sucesos de semejante trascendencia se apresuró a escribir a Castillo y Rada. Estas líneas escritas de carrera, sólo dan la primera impresión, alarmista por sobre todo, un poco deprimente, rotunda en sus juicios, equivocada desde luego, pero bien pueden aceptarse como muestra de su raciocinio.

"Ayer he recibido la horrible noticia que ha venido de Venezuela, más por el modo que en la esencia: esto puede tener resultados muy fatales, capaces de disolver la república. Usted sabe que yo he pensado siempre que Venezuela debía dividirse de la Nueva Granada, pero si este país no se une entre sí y con el Sur, Colombia se arruina completamente. Yo he perdido mucho con este movimiento, porque se me ha privado del honor de dejar el mando espontáneamente. Además, la infamia de mi país nativo me recuerda los crímenes de Atenas; y esto unido a los desastres que temo, me despedaza el corazón". (1

(1) Lecuna: *Cartas del Libertador*. Tomo IX, p. 227.

Para un temperamento emotivo, esta paladina confesión de derrota, podría aparecer como síntoma explicable de total renunciamiento, pero un hombre de los arrestos del Libertador-presidente, dominador de su época, de los hombres y de su propia gloria, no podía, a menos de estar tocado de imbecilidad o demencia, entregar su nombre al capricho de una jugada política. El caso de Páez era distinto y estaba resuelto de antemano; Bolívar, en el umbral de la historia, tenía la obligación forzosa y la dolorosa necesidad de vigilar hasta la sombra de su pensamiento. Acaso por esta razón, sin ilusionarse ni creer en el triunfo definitivo de sus principios de gobierno, aceptó la reunión del Congreso. Admirable como posible solución para esa república decadente, demasiado efímera para torcer el curso de la historia, demasiado unida a su nombre para inspirar confianza a sus adversarios.

De admirables calificaron a los elegidos y a su vez al congreso se le llamó Admirable, mas estos señores del congreso, convertidos por la razón de la política y la voluntad de los caciques en personajes griegos, no supieron desempeñar su función corporativa y su labor se redujo a la exposición dogmática de una sabiduría de poco alcance.

2

El 19 de enero de 1830 se reunió el congreso Admirable en la ciudad de Bogotá. La suerte del Libertador-presidente y de la Gran Colombia estaban a merced de las opiniones de los miembros de esta entidad dislocada en su origen, pues ya en Venezuela, la república independiente era un hecho y en Bogotá, el partido boliviano, aun cuando mantenía bajo su mando las fuerzas dispersas de un núcleo de soldados, aun para los más optimistas presentaba indicios de próxima ruina.

Para un personaje tan astuto como el señor Castillo y Rada, haber confiado su destino a las discusiones del congreso fué equivocación imperdonable; era ese descuido del político, parece natural y lógico en el dictador, indiferente y despreciativo como era a congresos y academias.

Dentro de la más exquisita cortesanía y según las normas de un protocolo amanerado y colonial, comenzaron las sesiones de ese congreso que mucho prometía y poco supo dar. Dos fuerzas desiguales en número, extrañas en la concepción de las necesidades de la época, rivales en la selección de sus paladines, enemigas por principio, opuestas por temperamento, la una, símbolo del dogma militar, impetuoso y dominante, la otra, reflejo mediocre de un sentimiento civilista, se hallaron en permanente y singular combate desde el primer día, sin que mediaran en favor de paz, razones más poderosas que ese gritar de continuo y desafinado, ese quitar y poner con fines personales. Para los caudillos del principio militar, confundido deplorablemente en sus consecuencias, sus hombres y sus ambiciones, con el dogma boliviano, la resistencia de los granadinos amigos del santanderismo como ideal político, era insulto y ofensa. Para los partidarios del regreso a las normas democráticas, sin presidencia vitalicia ni quimeras monárquicas, seducidos por el soplo de un romanticismo en ciernes y envenenados por el recuerdo de violencias pasadas, la ocasión era propicia a todos los atrevimientos.

Un odio feroz, inconmensurable e indómito, una sed de venganza, de rencor y de soberbia, patrocinaron las sesiones de ese congreso sin vida interior y como si no fueran suficientes esos factores desfavorables, el Libertador presidente, por una deformación de las apariencias políticas, creyó en las adulaciones y mentiras de su camarilla.

No pudo ser más humillante para el carácter altivo de Bolívar esa primera escaramuza entre los diputados granadinos y sus hombres de confianza. Para los santanderistas, rebeldes a la tentativa de reacción boliviana, toda demora en considerar los proyectos del gobierno era un triunfo; para los satélites del genio fué derrota. Pasaron los días y esa diferencia substancial de principios transformó la discusión académica en lucha frenética y exagerada; olvidáronse los rasgos de amabilidad, las palabras suaves, los cumplidos y saludos y su lugar ocuparon los insultos, la censura y las bellaquerías.

Esa conducta iracunda, compañera de la ausencia de un concepto doctrinario en los bolivianos, esa discusión humillante, sujeta a la influencia de un pasado grandioso y olvido del presente, precipitaron el desenlace. A la verdad el carácter impetuoso del jefe no cedió a los ataques; su vigoroso temperamento y su fino instinto, rechazaron toda insinuación torpe, toda calumnia, toda mancha, y cuando se le calificó con estupidez e ignorancia de cobarde, simuló reír para no dar rienda suelta a la cólera que en él ahogaba hasta el sentimiento más elemental de prudencia. Su religión de independencia, su credo político y su profundo y perfecto conocimiento de las debilidades y miserias humanas, podrían llevarle a la misantropía al comprender el fracaso de su vida, mas acostumbrado como estaba a los golpes de fortuna, todavía en los días de febrero de aquel año, le era lícito y lógico esperar un cambio favorable en su situación comprometida.

La historia en términos generales, es siempre injusta para con los vencidos. La historia desdeña y olvida las razones de los débiles y prefiere descubrir rasgos heroicos y elogiar victorias a lamentar fracasos. Los historiadores seducidos por el oropel de la fantasía y el aspecto teatral de las circunstancias no demuestran mucho interés por los momentos silenciosos, momentos de mayor intensidad que esos otros espectaculares convertidos en jalones de la existencia humana. Al juzgar la obra de la Gran Colombia y analizar el período comprendido entre 1828 y 1830, los apologistas de la dictadura y del general Bolívar olvidaron por inútiles las horas terribles, dramáticas, dolorosas e intensamente amargas de la decadencia. Con pésimo gusto prefirieron cantar dentro del lirismo pasado de moda, las campañas militares de Boyacá, Pichincha y Ayacuho.

Para muchos historiadores, Bolívar fuera de los campos de batalla no pertenece a la historia. Salvan su ignorancia con decir que fué un calumniado, pero no saben a ciencia cierta en qué consistió esa calumnia y si hubo razón para creer en ella. Los errores y debilidades de la decadencia boliviana, se ocultan con afán; el Bolívar humano, soberbio, rencoroso y vengativo, no aparece en las páginas de esas historias que de nada sirven para la honra y nada dicen de la gloria verdadera del Libertador. El fanatismo político transformó la historia patria en narración de fechas; los muchachos de las escuelas colombianas conocen hasta en sus detalles ínfimos los pasos de la expedición emancipadora, pero ignoran por todo lo alto las ambiciones bolivianas, las intrigas de los santanderistas, la verocidad de los matones y todo el proceso decadente que arruinó a la Gran Colombia. Para algunos dómines es necesario y provechoso negar las faltas del hombre y convertirle en dios grotesco e intocable; procedimiento absurdo desde todo punto de vista. Para otros, no hay nada bueno ni genial en Bolívar. Negar las equivocaciones como negar sus cualidades es tonto; sus rasgos de genio y sus equivocaciones señalaron al tipo superior. Fué grande en 1830 al abandonar el poder que aún entre sus manos era arma poderosa, fué grande en su larga y dolorosa peregrinación por las ciudades del mar Caribe, fué grande en sus equivocaciones, en sus miserias, como lo fué también en los momentos lucidos de su carrera extraordinaria. No dañemos su memoria al decir de él que era un santo varón, tierno y bondadoso, modelo de virtudes evangélicas, paciente y bonachón, algo así como un San Francisco de Asís con espada y botas de montar.

Al desaparecer del escenario político, el mundo se desplomó sobre las cabezas de los sucesores ocasionales. Este hecho puede considerarse como índice certero de incapacidad y no tiene sino una explicación pesimista. No había hombres para la época. Prueba de ello fué la elección del general Caicedo para la presidencia efectiva de la Gran Colombia. Esta elección deplora-

rable en todo sentido tuvo sin embargo consecuencias definitivas y afortunadas para la Nueva Granada. La letra y el espíritu de las leyes predominaron sobre los guerrilleros de fortuna y esa oportunidad insospechada por los contemporáneos, dió origen al sentimiento valeroso y orgulloso del civilismo granadino.

Bolívar después de su derrota y retiro de la presidencia, supo medir con exactitud las exigencias de su difícil situación. Adivinaba muy bien el rumbo peligroso y fatal dueño de los destinos de Colombia, esa Colombia de sus sueños ahora en manos de un caballero incompetente e inhábil, pero la suerte implacable arremetía contra él y su obra. Un mundo nuevo se presentaba ante sus ojos cansados y la noción de la importancia histórica de su vida había reemplazado a la mezquina ambición de gobernar. Es seguro que sus generales, incapaces de analizar esa evolución de su espíritu, le juzgaron como ellos mismos eran; pero es de suponer también, que ya no estaba para ocuparse de minucias, un hombre como él, dueño y señor del escenario histórico.

Había cumplido su obra emancipadora. La organización de las agrupaciones indoespañolas, todavía mal definidas, correspondía de hecho y de derecho a la generación siguiente; menos preparada tal vez que la anterior para el desempeño de su misión histórica, pero en todo caso dueña del campo.

En el retrato de Bolíver que pintó Espinosa por aquel entonces, la boca, la mirada, las manos y la pequeña contracción de los labios, descubren con claridad su pensamiento. La ligera crispación de los nervios faciales nos permite adivinar la lucha del cerebro enfermo, sus desilusiones, sus ambiciones, su fastidio mortal a toda empresa y reforma, su pereza mental a contestar ataques y devolver ofensas. Si fuere posible la materialización de ese dolor inmaterial, podría verse íntegro el sentimiento profundo de desencanto, de disgusto, de fastidio, convertidos en ángeles tutelares de los últimos meses de una vida en derrota.

El 8 de mayo de 1830 abandonó a Bogotá. Por el camellón de Occidente, rodeado de escolta oficial, atravesó la Sabana que en las horas de la mañana, aún cubierta por la niebla, presenta en su horizonte desteñido y gris la melancolía de una raza vencida. Hundido sobre el lomo del caballo que a buen paso recorría el sendero recortado por tapiales y lagunas, el genio militar perdía la única batalla que bien hubiera querido ganar. En camino hacia la costa atlántica, enfermo de amor, de amargura, de desdén y de inconfesable antipatía, herido hasta la medula por el recuerdo punzante de un pasado perdido, escribía a Manuelita Sáenz: "Voy lleno de pena por tu aflicción y la mía, por nuestra separación. Amor mío, mucho te amo, pero más te amaré si tienes ahora más que nunca, mucho juicio. Cuidado con lo que haces, pues si no, nos pierdes a ambos, perdiéndote a ti". (2)

Urdaneta en el Centro, Montilla en Cartagena, Páez en Caracas, Obando en el Cauca, Flórez en el Sur. En Venezuela, generales, coroneles y tropa mulata; en la Nueva Granada, pasquines y un dictador de opereta; en Popayán, el Cuarto Estado y en Quito, Juancho Flórez. Tal era el resultado de la decadencia boliviana. Un mundo se iba, otro llegaba.

(2) Lecuna: *Cartas del Libertador*. Tomo IX, p. 265.

Dos novelas ecuatorianas

Por MANUEL NAVARRO LUNA

= Envío de *Juan Marinello*. La Habana. Abril de 1936. =

El movimiento literario que, de un tiempo a esta fecha, viene produciéndose en el Ecuador, es, en realidad, sorprendente. Ejemplar en América. De ahí que uno se explique el triunfo de Jorge Icaza en el Concurso Nacional de Novela, celebrado en Quito el mes de agosto del año pasado. Porque si no existiera el movimiento literario a que se alude, difícilmente Jorge Icaza hubiese podido darnos la obra, plena y firme, que ya nos ha dado, y más difícilmente habría podido obtener el Premio Nacional con su novela "En las calles". Cierto que el jurado para atribuir ese premio lo designó el Grupo América y que estuvo integrado por Benjamín Carrión, Pío Jaramillo Alvarado, Gonzalo Escudero y Alfredo Martínez; cierto que no podía esperarse, tratándose de un Jurado como éste, un veredicto sin limpieza, a pesar de lo que, en "El Quijote", todavía sigue opinando el Caballero del Verde Gabán alrededor de estos torneos. Pero es que la designación hecha por el Grupo América, la propia existencia de este Grupo en el Ecuador, y, también, el fallo recaído en el Concurso Nacional allí celebrado, no hacen más que confirmar lo que he señalado. En cualquier otra república de América—todavía se me ocurre poner a la nuestra de ejemplo—no sería muy fácil la celebración de un concurso nacional de novela con las mismas bases sustentadas en ese que ha celebrado el Ecuador; y menos fácil—imposible, podría decirse—que el premio nacional se le otorgase a una novela de índole clasista, descarnada y áspera, como "En las calles". Sobran las razones. Pero en otra oportunidad, que no ha de faltarme, volveré sobre ellas. Tal vez entonces me será posible, con mayor información de la que ahora poseo respecto del ritmo revolucionario del Ecuador, referirme al síntoma que dejo subrayado. A lo mejor—ojalá que no!—tenga que decir que él no se debe al ascenso revolucionario de aquel pueblo, sino precisamente a todo lo contrario. Porque ya se sabe que allí donde el movimiento revolucionario no tiene crecidas, no las tiene, tampoco, el movimiento de represión. Y viceversa.

"HUASIPUNGO"

Pero, sea como fuere, tenga o no crecidas, existe en el Ecuador un movimiento revolucionario, que es lo importante. De otra manera, no podría concebirse la aparición de una novela como "Huasipungo", en la cual está retratada, con tintas poderosas, la tragedia del indio ecuatoriano, y clavada la protesta agria, dura, altanera y terrible. No es exagerado el juicio que sobre este libro escribió Pablo de la Torriente-Brau, y que nosotros dimos en reciente edición de esta revista. Y es que Jorge Icaza ha vivido junto al indio de su tierra; conoce sus dolores, sus miserias, su esclavitud, su agonía. Conoce todo eso y conoce, de cerca, al gringo voraz y al terrateniente nativo traidor y sin escrúpulos. Y como es escritor con verdadero sentido de su responsabilidad —por lo cual su pluma es herramienta al servicio de su tierra oprimida— denuncia el gran crimen. Y lo denuncia con todos los acentos de su voz formidable, en cuyos registros, cargados de crudezas, —crudezas que no puede evitar ningún narrador honrado— también está envuelta la denuncia de otros pueblos de América. Sí; porque Alfonso Pereira y Mr. Chappy no viven solamente en el Ecuador, ni solamente en el Ecuador existe la explotación del hombre por el hombre. Aun en la misma forma en que está descrita por Icaza en "Huasipungo", esa explotación la tenemos en diversos países de Hispanoamérica, merced a que no han desaparecido de los mismos los signos económicos que la engendraron. Sin embargo, la realidad que vive el Ecuador con sus indios, presenta, a mi juicio, cuadros más sombríos que los de otros lugares. De ahí ese recargamiento de pesadillas, ese golpear, continuo y terco, de negruras que encontramos en las páginas de Icaza. Porque éste no inventa, sino narra. Narra lo que está en su contorno; lo que le es circundante. Los días cinco, seis y siete de noviembre próximo pasado, se efectuó en Quito la Conferencia de Cabecillas Indios. Concurrieron treinta y cuatro representantes de sindicatos, comunas, anejos y pueblos de indios. Y en esa Conferencia se redactó una exposición para el Presidente de la República, con las peticiones de rigor, en la cual está expresada, de modo fidelísimo, la situación en que viven los indios del Ecuador. Muchas de las cosas que Icaza nos dice en su novela "Huasipungo", las encontramos, virilmente ratificadas, en la exposición aludida. El cura, el teniente político, el gamonal de aldea, el usurero, el tinterillo y el mal abogado, a más del latifundista extranjero y del terrateniente nativo, se han echado sobre la carne del indio ecuatoriano para despedazarla. De tal manera, que hasta los diezmos y primicias que fueron suprimidos en tiempos del Presidente Flores; los impuestos prediales que abolió el General Alfaro, tiene que pagarlos — ¡todavía! — la indiada miserable. Y que sufrir —¡todavía!— castigos atroces en las haciendas. En la de Don Alfonso —en esta gran novela de Icaza— cuando muere el ganado el "patruncitu" lo hace enterrar en un hoyo profundo; pero no se lo regala al indio hambriento que lo pide. Porque "los longos no deben probar jamás una miga de carne". Sin

embargo, Andrés Chiliquinga, el guagua y la Cunshi la comen. Pero es carne robada. Y podrida. Carne del buey que mandó enterrar Alfunsitu, después de negársela a sus indios. Ya está tan podrida, tan hedionda, que la Cunshi, después del hartazgo, la vomita. Y luego, esa misma noche... muere. Para el Chiliquinga es una gran desgracia la muerte de la longa; pero no tan grande como la pérdida de su huasipungo. Así, cuando Mr. Chapy y Don Alfonsito quieren despojarlo, es menester que mande sus tropas el Gobierno y que las ametralladoras "vomiten, constantemente, puntos suspensivos". Al cabo, lo despojan. Lo despojan, sí. Pero su grito, ensangrentado y colérico, se clava en el corazón de las sombras. Y convoca con él, para la rebeldía liberadora, a sus hermanos oprimidos: ¡Nucanchic huasipungo! ¡Nucanchic huasipungo!

"EN LAS CALLES"

¡Nucanchic huasipungo! ¡Nucanchic yacu! El grito sigue guerreando en los caminos sembrados de injusticias. Pero ya no estamos en la hacienda de Don Alfonsito, ni es el Chiliquinga quien lo enarbola. Ahora es otra la Hacienda, es otro el patruncito y es otro —es Landeta— el que encarna el dolor, la esclavitud, la agonía y el rencor de todos los hombres de su raza. Porque en estas páginas encontramos, de nuevo, al indio, ecuatoriano y al latifundista nativo, aliado, con los dirigentes políticos, del imperialismo extranjero. Naturalmente, no puede faltar en ellas la explotación humana, ni pueden faltar el hambre y los castigos más atroces. Un día, Landeta organiza la protesta y se lanza sobre las sementeras de la hacienda; pero Don Luis Antonio Urrestas, dueño de "El Penco", tiene en sus manos el teléfono y puede contar, a su antojo, con los representantes del Gobierno, con las ametralladoras y, también, con la prensa. Disponiendo de tales recursos, no le es difícil **restablecer** el orden en su hacienda, como antes no le fué difícil desviar, para su provecho exclusivamente, las aguas del río Chaguarpateño. Para un latifundista del calibre moral de Don Luchito —en Hispanoamérica cómo abundan, querido Icaza— no hay empresa difícil. Ni siquiera la de llegar a la Presidencia de la República. Ya vemos de qué manera la alcanza, en estas páginas, Don Luis Antonio Urrestas! El ha diezmado a los indios en su hacienda. Los ha diezmado con la sed, con el hambre, con la ignorancia, con las enfermedades, con el látigo, con la ametralladora. Después, en la fábrica, ha diezmado también al obrero. Porque, en circunstancias para él difíciles, "este personaje asoma por el foro de su conciencia gamonal", y de él se sirve, en la fábrica, como se sirve de los indios en su hacienda. No importa que para Ramón Ladenta ya no exista la resignación cristiana, ni que quiera pedir la administración de la Caja de Ahorros, ni que sienta la necesidad de organizarse en sindicatos. Cuando estalle la huelga; cuando el muchacho de la calle escriba en la pared: "Biba la güelga", Don Luis tendrá al alcance de su mano todo lo que es necesario para defender sus intereses y para reprimir, de un solo tajo, la demanda de los obreros. Más tarde, cuando Ramón Landeta "arrope con ponchos su resfrío y su espanto", será visitado por el doctorcito que viene a las órdenes del latifundista para diagnosticar, aunque íntimamente no lo desee, una enfermedad que el indio no tiene; pero que el doctorcito diagnosticará, y certificará, a fin de que el patrón se vea libre, para siempre, del runa. Y Landeta saldrá del rincón donde agoniza para el leprocomio. Para el leprocomio no, para la muerte. Porque, antes de llegar, es cadáver. Ya está complacido Don Luis Antonio Urrestas. Ahora, sin que nada le estorbe, podrá ordenar la marcha de sus indios a la ciudad, donde ya está preparada, en nombre de la democracia y de la Constitución, la masacre. El les ha arrebatado sus huasipungos; les ha privado de agua; les ha negado los **sucurritos;** les ha hecho víctimas de todos los castigos y de todas las miserias; ahora los lleva a la ciudad para que los asesinen, y, sin embargo, los indios gritarán en las calles: ¡Viva Urrestas! ¡Viva Urrestas! "Los indios del Norte, del Sur, del Este y del Oeste, defraudados por los gamonales en sus tierras, en sus viviendas, en sus mujeres, en sus hijos, en sus guaguas, en sus conciencias, en su condición de hombres, sin saber por qué darán voces de "vivas". ¡Viva Urrestas! Y será tarde cuando Francisco Játiva quiera gritar: ¡No vayan! ¡No vayan!" La sangre del indio que ha servido para abonar las breñas áridas de la cordillera, sangre de indio que fluye en desangre interminable; el pasto de los piojos, de la ignorancia y de las leyes, no podrá negarle este servicio a la democracia, representada, en nuestros pueblos hispanoamericanos, por Luis Antonio Urrestas.

Menos mal que, frente a esa democracia, y frente a los **amitus** que la representan, hay espíritus valientes, inteligencias denodadas como Jorge Icaza. El sabe cuál es, en el centro de las realidades sombrías que viven los indios de su tierra, su misión como escritor y como hombre. Por eso su pluma, su máscula pluma de novelista, entra, sin miedo y sin piedad, en la enorme podredumbre que le rodea. Para luego ofrecernos, como en "Huasipungo", como "En las Calles", escenas escalofriantes que no podría describir quien no tuviese, como Icaza, además del talento preclaro que hace falta para estas faenas, un sentido afilado y profundo de la responsabilidad intelectual. En cualquiera de sus dos novelas, abundan las bellezas literarias, los aciertos de expresión, las imágenes poéticas más audaces, más ágiles, más nuevas: "De improviso, a la mandíbula inferior de la zanja le brotan dientes de bayonetas". "Lloran con un lloro largo que crece desde la garganta de los guaguas echados boca arriba hasta las copas de los eucaliptos". "El paludismo empieza su cosecha de temblores". "El pueblo despertaba perezosamente abriendo los párpados de las puertas". Abundan, sí. Aunque también abundan las crudezas más desconcertantes. Pero Icaza no puede evadirlas. El emplea el propio lenguaje de los indios. No es él, sino ellos, los que hablan en sus novelas. En las cuales está desarrollada, con seguridad admirable, una fuerza realista de primer orden. Eso se propuso —y está logrado maravillosamente en sus dos novelas —el gran escritor ecuatoriano, en cuyas obras no existen los abalorios del "arte por el arte", sino los instrumentos del arte al servicio de la humanidad. Como que no vive en los tiempos de Gautier, para quien lo superfluo era lo necesario, sino en otros. En otros en los cuales la justicia quiere salir del antro de tinieblas en que vive. Y saldrá. Saldrá ayudada por los escritores que, como Icaza, quieran cumplir, en el seno de esta sociedad, su deber de tales. En las páginas de "Huasipungo" y "En las calles" está encerrada la tragedia del indio ecuatoriano; pero en ellas flota, asimismo, su liberación. Es posible que, para los que opinen con Stefan Zweig, Icaza no sea un novelista en el "sentido último y supremo" de esta palabra. Pero es que ese "arquitecto épico de universos"—Balzac, Dickens, Dostoiewski—no puede darlo, por ahora, la tierra dolorida de este Continente. De cuyas entrañas sólo pueden surgir, por ahora, los constructores épicos de gritos, como Jorge Icaza.

Manzanillo, febrero de 1936.

Carlos Aponte, coronel de Sandino

Por AUGUSTO ARIAS

= *Envío del autor.* Quito, Ecuador, marzo de 1936 =



Carlos Aponte

Carlos Aponte, muerto de un tiro, se relieva
mejor que si estuviera viviendo todavía.
Sobre su vida brava, la muerte loca lleva
agitación cimera, como su travesía.

Venezolano fuerte, de anchos hombros unánimes
y de ojos acerados y de boca risueña.
Rompedor, con sus manos, de las horas exánimes,
ya muerto, no se sabe si está peleando o sueña.

No va contra su Patria, va por ella, y queriendo
redimirla, organiza la fuerza represora.
Pero en el día nuevo que muere amaneciendo,
periscopio es su rifle de un submarino de ola.

No le llaman los libres con devoción profunda,
si bien entre sus páginas pudiera redomarse.
Carlos Aponte quiere la gesta vagabunda
y eficaz, de salvar, cayendo sin salvarse.

No tiene más objeto la vida. No hay señuelo
más alto que el que lleva la inquietud sin remate...
Y así han de verse cerca, romántico desvelo
y realista pasión, en el sinfín del arte.

Zozobra y aventura pintan sus días, como
se matizan esotros de quietud y ventura.
Y si en aquellos cae, como granizo, el plomo,
en cambio, su zozobra no es de tormenta oscura.

Carlos Aponte busca la isla de Cuba y planta
en la gracia habanera su tienda dislocada.
Su ancho sombrero, sombras sobre la frente tienta
y en el pecho le duele metafísica espada...

No más que la guerrilla para que Aponte vaya
en rol nicaragüense, coronel de Sandino
y escapando y volviendo, trinchera y atalaya
y sig-zag y semáfora, es zanja y es camino.

Y anduvo por la ruta boscosa. Y la escarpada
cuchilla de los Andes, sintió su paso rudo.
Siempre al vivac, mostrando reverso de la espalda,
Carlos Aponte, puño y corazón desnudo.

No hay clareo de imagen mujeril en su historia
y si lo hubo, en su sino de peleador se pierde,
como en los varoniles desdenes por la gloria
la estatua es más pequeña y es frágil la hoja verde.

Trotista de la América, apenas hay paisaje
sin la rememorosa violencia de su planta.
Todo él, Carlos Aponte, estuvo hecho de viaje,
por eso en su silencio hay un rumor que canta.

Carlos Aponte sabe tender a la enemiga,
en su red de sonrisas, el ojo siempre alerta
y su escultura recia a toda flecha esquiva
y la bala para él, es bala siempre muerta.

La visita postrera hizo a la madre un día,
llegando a Nueva York, mecánica y tortuosa,
erguido en la morena fuerza del mediodía,
curtido por la lucha, sin la paz ni la rosa...

Y después, a la diestra de Güiteras, inquieto,
para batir la tropa formada por Batista,
en su ansiedad viril se le rompió el soneto
de los catorce triunfos sobre el imperialista.

Ha dejado en Matanzas su cuerpo mal herido,
pero el fuerte cubano custodiará su nombre
y en la estela de sangre del "último bandido"
para el agua de América va la nave del hombre.

Carlos Aponte, fuerza de la mañana tuya,
sin libros de reposo ni sueños de colores,
sólo un ardiente soplo restaurador circunda
tu juventud sin tiempo para coger las flores.

Fuerza de geometría de aristas flechadoras
y aritmética simple de restas decididas.
Amor metereológico que puso en tus auroras,
en fiebre de buscar, vuelo de despedidas.

Aponte enamorado de nuestra geografía
que en cardiaca inquietud se aguza en la Argentina
y es sístole en Bolivia, y en todas armonía
desigual, de la suerte futura que camina.

Aponte sin perfiles de la dicha hogareña
y sin la sedentaria paciencia del recuerdo,
cuando en la chimenea es la quemada leña
como el tiempo de ayer y el fuego es ojo cuerdo.

Carlos Aponte, rayo jubiloso que parte
en aviónico impulso y en marcha desvelada.
Carlos Aponte, sino doliente de quedarte
sin llegar y con la hélice del anhelo quebrada.

Carlos Aponte, incálculo, pero brillante fuerza;
audaz pecho de América sin miedo a los obuses:
la heroica Nicaragua te recuerde despierta
y en tu reposo vuelen los gritos y las luces.

Basta Carlos Aponte, para dormir sin sueño,
como en vigilia de hombre, tus pasos desiguales
y basta la ferrada voluntad de tu empeño
contra la hostil muralla de balas y puñales.

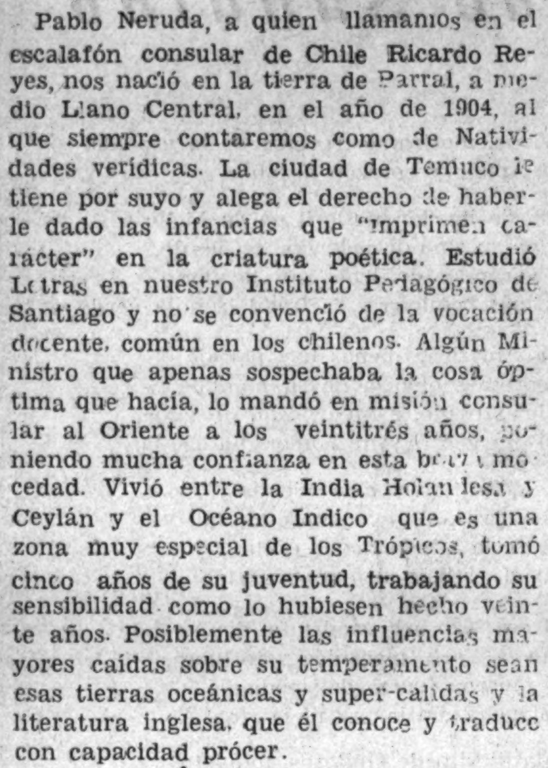
Basta para vivir después, Carlos Aponte,
el ejemplo angustioso de tus pasos heridos
y el camino sin término que se vuelve horizonte
de abandonar la suerte y estar con los vencidos.

Carlos Aponte, gracia de tu sueño imprudente,
polígono certero para los matadores,
en el moreno blanco que alzó tu adolescente
perfil, sin ningún tiempo para inmantar amores.

Recado sobre Pablo Neruda

Por GABRIELA MISTRAL

= Colaboración. Lisboa. Marzo de 1936 =



Pablo Neruda, a quien llamamos en el escalafón consular de Chile Ricardo Reyes, nos nació en la tierra de Parral, a medio Llano Central, en el año de 1904, al que siempre contaremos como de Natividades verídicas. La ciudad de Temuco le tiene por suyo y alega el derecho de haberle dado las infancias que "imprimen carácter" en la criatura poética. Estudió Letras en nuestro Instituto Pedagógico de Santiago y no se convenció de la vocación docente, común en los chilenos. Algún Ministro que apenas sospechaba la cosa óptima que hacía, lo mandó en misión consular al Oriente a los veintitrés años, poniendo mucha confianza en esta bravía mocedad. Vivió entre la India Holandesa y Ceylán y el Océano Indico que es una zona muy especial de los Trópicos, tomó cinco años de su juventud, trabajando su sensibilidad como lo hubiesen hecho veinte años. Posiblemente las influencias mayores caídas sobre su temperamento sean esas tierras oceánicas y super-cálidas y la literatura inglesa, que él conoce y traduce con capacidad prócer.

Antes de dejar Chile, su libro "Crepusculario" le había hecho cabeza de su generación. A su llegada de provinciano a la capital, él encontró un grupo alerta, vuelto hacia la liberación de la poesía por la reforma poética, de anchas consecuencias de Vicente Huidobro, el inventor del Creacionismo.

La obra de los años siguientes de Neruda acaba de ser reunida con un precioso esmero por la editorial española Cruz y Raya en dos muy dignos volúmenes que se llaman "Residencia en la Tierra". La obra del capitán de los jóvenes ofrece, desde la cobertura, la gracia no pequeña de un título agudo.

"Residencia en la Tierra" dará todo gusto a los estudiosos presentándoles una ligazón de documentos donde seguir, anillo por anillo, el desarrollo del formidable poeta. Con una actitud de lealtad a sí mismo y de entrega entera a los extraños, él ofrece, en un orden escrupuloso, desde los poemas amorfos e iniciales de su segunda manera hasta la pulpa madura de los temas de la Madera, el Vino y el Apio. Se llega por jalones lentos hasta las tres piezas ancladamente magistrales del trío de las materias. Recompensa cumplida: los poemas mencionados valen no sólo por una obra individual; podrían también cumplir por la poesía entera de un pueblo joven.

Un espíritu de la más subida originalidad hace su camino buscando eso que llamamos "la expresión", y el logro de una lengua poética personal. Rehusa las próximas, es decir, las nacionales: Pablo Neruda de esta obra no tiene relación alguna con la lírica chilena. Rehusa también la mayor parte de los comercios extranjeros: algunos contactos con Blake, Whitman, Milosz, parecen coincidencias temperamentales.

La originalidad del léxico en Neruda, su adopción del vocablo violento y crudo corresponde en primer lugar a una naturaleza que por ser rica es desbordante y desnuda, y corresponde en segundo lugar a cierta profesión de fe anti-preciosista. Neruda suele asegurar que su generación de



Pablo Neruda

(Visto por *Fantasio*)

Chile se ha librado gracias a él del neo-gongorismo del tiempo. No sé si la defensa del contagio ha sido un bien o un mal; en todo caso la celebraremos por habernos guardado el magnífico vigor del propio Neruda.

Imaginamos que el lenguaje poético de Neruda debe hacer el escándalo de quienes hacen poesía o crítica a lo "peluquero de señora".

La expresividad contumaz de Neruda es una marca de idiosincracia chilena genuina. Nuestro pueblo está distante de su grandísimo poeta y sin embargo, él tiene la misma repulsión de su artista respecto a la lengua manida y barbilinda. Es preciso recordar el empalogoso almacén linguístico de "bulbules", "cendates" y "rosas" en que nos dejó atollados el modernismo segundón, para entender esta ráfaga marina asalmuerada con que Pablo Neruda limpia su atmósfera propia y quiere despejar la general.

Otro costado de la originalidad de Neruda es la de los temas. Ha despedido las empalagosas circunstancias poéticas nuestras: crepúsculos, estaciones, idilios de balcón o de jardín, etc. También eso era un atascamiento en la costumbre empedernida, es decir, en la inercia, y su naturaleza de creador quema cuanto encuentra en estado de leño y cascarones. Sus asuntos deben parecer antipáticos a los trotadores de senderitos familiares: son las ciudades modernas en sus muecas de monstruosas criaturas: es la vida cotidiana en su grotesco o su mísero o su tierno de cosa parada o de cosa usual; son unas elegías en que la muerte, por novedosa, parece un hecho no palpado antes; son las materias, tratadas por unos sentidos inéditos que sacan de ellas resultados asombrosos, y es el acabamiento, por putrefacción, de lo animado y de lo inanimado. La muerte es referencia insistente y casi obsesionante en la obra de Neruda, el cual nos descubre y nos entrega las formas más insospechadas de la ruina, la agonía y la corrupción.

Pocos sabores españoles se sacarán de la obra de Neruda, pero hay en ella esta vena castellanísima de la obsesión morbosa de la muerte. El lector atropellado llamaría a Neruda un anti-místico español. Tengamos cuidado con la palabra mística que sobajeamos demasiado y que nos lleva frecuentemente a juicios primarios. Pudiese ser Neruda un místico de la materia. Aunque se trata del poeta más corporal que pueda darse (por algo es chileno) siguiéndole paso a paso, se sabe de él esta novedad que alegraría a San Juan de la Cruz: la materia en la que se sumerge voluntariamente, le repugna de pronto y de una repugnancia que llega hasta la náusea; Neruda no es un adulador de la materia, aunque tanto se restrega en ella; de pronto la puñetea, y la abre en res como para odiarla mejor... Y aquí se desnuda un germen eterno de Castilla.

Su aventura con las Materias me parece un milagro puro. El monje hindú lo mismo que M. Bergson, quieren que para conocer veamos por instalarnos realmente dentro del objeto. Neruda, el hombre de operaciones poéticas inefables, ha logrado en el canto de la Madera este curioso extrañamiento en la región inhumana y secreta.

El clima donde el poeta vive la mayor parte del tiempo con sus fantasmas habrá que llamarlo caliginoso y también palúdico. El poeta, eterno ángel abortado, busca la fiebre para suplirse su elemento original. Ha de haber también unos espíritus angélicos de la profundidad, como quien dice unos ángeles de caverna o de fondo marino porque los planos de la frecuentación de Neruda parecen ser más subterráneos que atmósfericos, a pesar de la pasión océanica del poeta.

Viva donde viva y lance [illegible] la manera que sea su mensaje, el hecho de contemplar y respetar en Pablo Neruda es el de la personalidad. Neruda significa un hombre nuevo en la América, una sensibilidad con la cual abre otro capítulo emocional americano. Su alta categoría arranca de su rotunda diferenciación.

Varias imágenes me levanta la poesía de Neruda cuando dejo de leerla para sedimentarla en mí y verla tomar en el reposo una existencia casi orgánica. Esta es una de esas imágenes: un árbol adosado de lianas y musgos, a la vez quieto y trepidante de vitalidad, dentro de su forro de vidas adscriptas. Algunos poemas suyos me dan un estruendo tumultuoso y un pasmo de nirvana que sirve de extraño sostén a ese hervor.

Las facultades opuestas y los rumbos contrastados de la criatura americana se explican siempre por el mestizaje; aquí anda como en cualquier cosa un hecho de sangre. Neruda se estima blanco puro, al igual del mestizo común que, por su cultura europea, olvida fabulosamente su doble

manadero. Los amigos españoles de Neruda sonríen cariñosamente a su convicción ingenua. Aunque su cuerpo no dijese lo suficiente el mestizaje, en ojo y mirada, en la languidez de la manera y especialmente del habla, la poesía suya llena de dejos orientales confesaría el conflicto, esta vez bienaventurado, de las sangres. Porque el mestizaje, que tiene varios aspectos de tragedia pura, talvez sólo en las artes entraña una ventaja y da una seguridad de enriquecimiento. La riqueza que forma el avión emotivo y lingüístico de Neruda, la confluencia de un sarcasmo un poco brutal con una gravedad casi religiosa, y muchas cosas más, se las miramos como la consecuencia evidente de su trama de sangres española e indígena. En cualquier poeta el Oriente hubiese echado su garra, pero el Oriente ayuda sólo a medias y más desorienta que favorece al occidental. La arcilla indígena de Neruda se puso a hervir el primer contacto con el Asia. "Residencia en la Tierra" cuenta tácitamente este profundo encuentro. Y revela también el secreto de que, cuando el mestizo abre sin miedo su presa de aguas se produce un torrente de originalidad liberada. Nuestra imitación americana es dolorosa; nuestra devolución a nosotros mismos es operación feliz.

Ahora digamos la buena palabra: americanidad. Neruda recuerda constantemente a Whitman mucho más que por su verso de vértebras desmedidas por un resuello largo y un desenfado de hombre americano sin trabas ni atajos. La americanidad se resuelve en esta obra en vigor suelto, en audacia dichosa y en ácida fertilidad.

La poesía última (ya no se puede decir ni moderna ni ultraísta) de la América, debe a Neruda cosa tan importante como una justificación de sus hazañas parciales. Neruda viene, detrás de varios oleajes poéticos de ensayo, como una marejada mayor que arroja en la costa la entraña entera del mar que las otras dieron en brazada pequeña o resaca incompleta.

Mi país le debe favor extraordinario: Chile ha sido país fermental y fuerte. Pero su literatura, muchos años regida por una especie de Senado remolón que fué clásico con Bello y seudo-clásico después, apenas si en uno u otro trozo ha dejado ver las entrañas ígneas de la raza, por lo que la chilenidad aparece en las Antologías seca, lerda y pesada. Neruda hace estallar en "Residencia" unas tremendas levaduras chilenas, que nos aseguran porvenir poético muy ancho y feraz.

El poeta chileno Pablo Neruda dice que el mundo da la sensación de que se hace pedazos

Por ALARDO PRATS

= De *El Sol*. Madrid =

—¿Cuál debe ser, a su juicio, la actitud del poeta en nuestros tiempos?

—Escribir versos...; la de todos los tiempos.

Pablo Neruda, poeta de acento y alientos personalísimos entre todos los poetas de España y Suramérica, es ahora nuestro interlocutor. Pablo Neruda es además diplomático: agregado cultural a la Embajada de Chile en España. Tiene ese aire cansado de las gentes que están de vuelta de todos los viajes.

—¿Usted se acuerda de los versos de "Martín Fierro"?

Pausadamente, Neruda va en busca de un libro. El poema gaucho, magníficamente editado con ilustraciones en madera. El poeta señala una página. Es aquella que reza:

Cantando me he de morir.
Cantando me han de enterrar.
Y cantando he de llegar
al pie del Eterno Padre.
Desde el vientre de mi madre vine a este mundo a cantar.

Y añade:

—Que se cante en un sentido o en otro me parece indiferente.

—Pero la vida contemporánea, ¿no ofrece arduas dificultades para los que vienen a cantar desde el vientre de su madre?

—En todo el mundo y en todo tiempo ha habido dificultades. No creo que nuestros tiempos lleguen a apagar las vocaciones si éstas son fuertes e impetuosas.

—El poeta aparece en muchas encarnaciones contemporáneas no como cifra que reúne un don natural y el impulso del "quid divinum" que lo anima, sino como el alquimista de especiosas y alquitaradas esencias intelectuales.

—Para mí, el poeta es anti-intelectual por excelencia. Podrá sentir todos los problemas y expresar su sentimiento. Para eso vive el poeta; para compararlos, dilucidarlos y resolverlos, no creo que el poeta, salvo en muy raras excepciones, tenga capacidad. El que se deja arrastrar y aplastar por el intelectualismo no es poeta. Aquí en España existe y vibra una recia intelectualidad. A los intelectuales se les podrá reprochar si no se preocupan de los problemas que agitan nuestro tiempo. Pero el poeta intuitivo no tiene ideas de ninguna clase; está fuera de todo reproche; vive en un túnel, ciego de oscuridad o de luz...

—Sin embargo, ya el viejo Aristóteles situaba la poesía y el poeta por encima de todas las más altas jerarquías intelectuales: en el ápice ideal de la filosofía.

—Y así es. El poeta es la concreción absoluta de lo invisible, de lo ilimitado. Todo lo demás es limitación técnica, política, problemas concretos.

EL MUNDO SE HACE PEDAZOS — De entre todos los problemas contemporáneos, ¿cuál es el que más honda impresión le causa?

—Seguramente el más visible y el que más se deja sentir: esta sensación de derrota que se desprende de todo, esta sensación de que el mundo se hace pedazos. Parece que ocupamos un vehículo conducido por gente que parece muy experta, pero que va por un camino muy difícil.

—Como poeta, ¿no le atrae la forma dramática?

—No; la creo inferior, porque hay que condescender con formas y con reglas; hay que hacer anécdotas. El teatro depende de multitud de circunstancias que al poeta le turban y rompen muchas veces su equilibrio interior. Tampoco me atrae la novela. He hecho y hago prosa; pero prosa poética. Hay que respetar las calidades de los seres; la del poeta es cantar allí donde se encuentre. Se puede ser poeta y picapedrero, por ejemplo. En general creo que el contacto con las ideas del medio ambiente influye peyorativamente en la obra poética y que acaba por matar al artista. Quede aquello reservado para el hombre de pensamiento o para el hombre de acción. Yo no tengo la ambición de la extensión de mi obra en cuanto a los demás. Quiero ser revolucionario dentro de mi obra. Para otras cosas no tengo capacidad para mover ni un hilo. Rafael Alberti y García Lorca me parecen dos príncipes de la poesía, no solamente de España, sino de Europa. Cada uno tiene ante las cosas una actitud diferente. A ninguno de los dos admiro en este aspecto como ejemplo, sino como temperamentos poéticos. ¡Que vivan todos los poetas, incluidos los malos poetas! Me gusta que éstos existan, aunque sólo sean capaces de crear una gota de poesía.

LOS POETAS DE AMERICA — Pablo Neruda, bajo el título único de "Residencia en la tierra", prepara la publicación en España de dos libros de poemas. En ellos recoge gran parte de su obra poética desde 1923. Hablamos de los poetas españoles.

—Hay en España — afirma Neruda — una generación de poetas muy brillantes, como no la hay en ningún país americano. Me parece la generación de poetas jóvenes más admirable que he visto, con temperamento, con carácter, con toda clase de prendas personales.

—Y de aquellos grupos de jóvenes poetas americanos que tantas inquietudes proyectaron en la poesía castellana moderna, ¿qué ha sido?

—Aquel hervor poético se apaciguó. Están desorientados. Hubo movimientos de poesía y de pintura de carácter político, porque, revolucionarios, en la mayoría de las cosas no lo eran los artistas de allá que han perdido su ímpetu. Resulta que, en general, en América las artes se ven muy poco protegidas. Los que pueden protegerlas, generalmente son gentes de la peor clase de "snobs" que hay en el mundo. Se ha llegado hasta a renegar del idioma, por creer más elegante y vistoso escribir en francés. Hay gentes que se hacen traducir al francés sus obras y que creen que Rubén Darío es un poeta cursi. Hay señores distinguidos que corren tras las celebridades europeas o de los escritores ya consagrados; pero en cambio viven completamente ajenos a los valores americanos o a los valores de la misma lengua castellana.

—En este aspecto, ¿ejercen mayor influencia en América las creaciones francesas y la cultura francesa que los valores españoles?

—Desgraciadamente, sí. El ideal de la gente joven suele ser París y no los valores españoles, los valores eternos de la raza.

Pablo Neruda hace estas afirmaciones con un matiz de amargura en sus palabras.

Gabriela Mistral

Por JULIETA CARRERA

= Envío de Félix Lisazo. La Habana. Abril del 36. =



Gabriela Mistral
(1931)

No encuentro en la literatura de América, nadie que corresponda mejor al medio y a la raza que la produjo, que Gabriela Mistral. En esta mujer se han resumido todas las características de reciedumbre y duro jadeo de los antiguos araucanos, y toda la imponencia de un paisaje desolado y fiero. Las estribaciones andinas arrancando de los páramos salitrosos, parecen haber sido la nodriza de un lirismo que nos sacude con una dulce y áspera emoción.

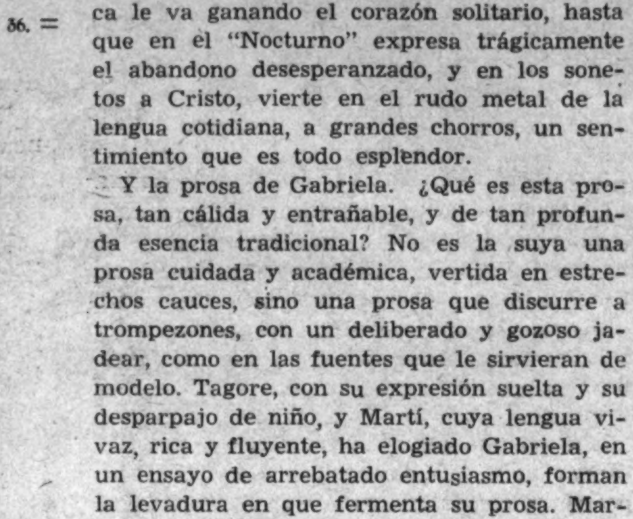
Sin el amparo de la suerte, desheredada de la fortuna, hundida en sí misma en un apartado pueblecito de Chile, con el único amor de su existencia tronchado por la muerte, Gabriela Mistral no fué favorecida como mujer. Durante largos años de soledad no tuvo más amigo que la Biblia, ni mayor compañía que los niños. El influjo del niño es fácilmente reconocible en su labor. Las más viejas palabras suenan como recién acuñadas en su verso. Es su contacto con la infancia el que le dota de sencillez, caloriza su emoción, y hace que su palabra se nos meta muy adentro de los "redaños del alma". Su poesía desmelenada se entrega a caño abierto, viniendo a ser el desbordamiento lírico de un temperamento reflexivo, que no pudo contentarse con la pérdida de su felicidad, y buscó en la poesía la válvula de escape a su angustia espiritual, a su insatisfacción física, sublimada y vuelta una interrogación a las tinieblas.

"Desolación", su único libro publicado, es un libro de dolor. Mas no es el suyo,—ni lo fué nunca en ningún gran poeta—, el dolor miserable de la pena cuotidiana, sino el dolor ennoblecido ante el derrumbe de las cosas esenciales. El amado que se fué de la vida "trizándose las sienes" con un pistoletazo, no hizo sino abrirle el canal de la poesía. El no tiene más importancia para su vida ulterior, que el de indicarle que la hora ardida del sufrimiento había llegado. Le dió la ocasión de amar y de sufrir, y su papel no va más lejos. De ahí en adelante, Gabriela Mistral, se arroja en el crisol humano, y el amor, un amor hacia todas las cosas, amor cargado de una extraña sabiduría de adivinación, arde en cada palabra e inflama cada movimiento de su ser.

La tragedia de su vida, lejos de obscurecer el valor intrínsico de su obra, contribuye a magnificarla, dotándola de un estremecimiento de áspera ternura. En Gabriela Mistral ha madurado plenamente la mujer. Mejor que eso; la madre que toda mujer lleva en lo profundo, está emergiendo en plenitud de sus estrofas, limpias de trapos retóricos, liberadas de todo lo que no sea potencia creadora, ricas en trance intuitivo, escurriendo lo sustancial de las fuerzas primigenias de la vida.

Para que una literatura se desasfixie y se conmueva, debe ser vitalista, debe ser requerida por la más honda ansiedad humana. Las escuelas literarias perecen porque se vinculan a las modas, unilaterizándose, viviendo tan sólo del instante, de lo transitorio. Eso no pasa con Gabriela. Su lirismo, que no es sólo trágico ni emocional, sino reflexivo, en notoria actitud de espera ante el abismo de la noche, puede no estar de moda, pero es perdurable, debido a que interpreta el sentido incesante de la vida, en una sobria instrumentación ecuménica.

Si en Gabriela admiramos el sentimiento maternal entregado a borbotones, hasta un punto que pasma, las mujeres nos sentimos como carne de su carne, porque ésta que en la realidad no ha sido madre, lo es voluntaria y gozosamente, en una mayor medida que lo común de los mortales. Su poesía es en el fondo un comentario a la vida íntima que la produce. De buscarle comparaciones, ninguna haríase tan oportunamente como con Ada Negri. Ambas mujeres ofrecen en un estilo natural y espontáneo, las expresiones de un amor total, omnipoderoso; amor que en la italiana y en la chilena, es huracán y plegaria, grito inflamado de angustia, alarido profundo, afligente, comunicativo, que va más allá de lo perecedero, y como en una obsesión, implora por el amado, para ambas desaparecido trágicamente. "Maternidad" y "El libro de Mara" de la Negri, han tenido, por decirlo así, un paragoge americano en algunos de los mejores poemas de Gabriela.



Esta mujer, parece que se regodea en el dolor y se fortifica con la proximidad de la muerte, a cuyo contacto la sombra metafísica le va ganando el corazón solitario, hasta que en el "Nocturno" expresa trágicamente el abandono desesperanzado, y en los sonetos a Cristo, vierte en el rudo metal de la lengua cotidiana, a grandes chorros, un sentimiento que es todo esplendor.

Y la prosa de Gabriela. ¿Qué es esta prosa, tan cálida y entrañable, y de tan profunda esencia tradicional? No es la suya una prosa cuidada y académica, vertida en estrechos cauces, sino una prosa que discurre a trompezones, con un deliberado y gozoso jadear, como en las fuentes que le sirvieran de modelo. Tagore, con su expresión suelta y su desparpajo de niño, y Martí, cuya lengua vivaz, rica y fluyente, ha elogiado Gabriela, en un ensayo de arrebatado entusiasmo, forman la levadura en que fermenta su prosa. Martí, especialmente, cuyo influjo en Gabriela es comparable al del Antiguo Testamento, nutre con su holgura de expresión, el torrente caudaloso de su habla.

El habla de Gabriela,—porque la prosa es sólo un hablar perdurable—, se echa a discurrir, América arriba o abajo, y en el solar del indio, cuyo patrón de belleza avizora, o en el solar del criollo, cuya unidad busca para librarla de topes, corre, espoleada de urgencias ideales, hasta dar con el aire americano, en un ímpetu refrenado, o en un vuelo que atempera la meditativa reciedumbre.

Acaso no son originales las doctrinas expuestas por Gabriela, pero la trabazón del conjunto, el andar anchuroso, la imagen cernida de la entraña del trópico, son elementos propios y estimables de nuestra gran poetisa y prosadora,—nuestra por el ideario y la embriaguez de América que la posee.

La Mistral,—cuyo tamaño no está en la lengua que emplea, sino en lo que le sale del propio corazón, es decir, en el sentimiento infinito y en la fuerza suprema de su ser—, cuando escribe, no mira los pormenores ni se para en los detalles; la altura a que la lleva su vuelo no le permite la visión de lo pequeño.

Estos saltos, propios de los poetas muy hondos o de las mujeres muy madres, hacen de Gabriela, una peregrina perpetua de la fe,—fe en lo mejor, en lo más cristalino, en lo más limpio, en lo más [illegible] de la vida—. Si no es sereno su aspecto,—a pesar de la aparente y bien regida calma—, tal vez provenga del dolor que quiere dominarse; dolor que en Gabriela no se expresa en sentimentalismos ni en lágrimas, sino en una dulce, clara, entrañable y áspera firmeza. Aspera, sí,—adrede he repetido la adjetivación—, como esas cortezas duras que sirven para resguardar los frutos más dulces.

En síntesis, para mí la obra de Gabriela Mistral, constituye el mayor esfuerzo lírico de América, y de fijo, uno de los más nobles en lengua castellana. Creo, en realidad, que ni en España ni en la América Indohispana, se ha escrito obra de más elevación, de más fecundo y ostensible limo. Gabriela, no es ya la mujer que habla de deseo insatisfecho y de feminidad atormentada, sino la criatura sin nombre,—que en pávida y gozosa inquietud—invoca al Innombrado. Por eso lo más diáfano y hermoso de su obra, no es ya sino confidencia íntima del ser que sufre con su creador, pleitesía del alma ante la cosa formidable sin número ni nombre!

Habana, 1936.

Los versos de Jean D'Argente

Por EMILIA PRIETO

= *Envío de la autora.*—Costa Rica y abril de 1936. =

En carta de Lenín a Gorki: "...pero hoy no se puede pasar la mano por la cabeza de nadie pues os la morderán, y resulta más conveniente golpear las cabezas, golpearlas implacablemente, aunque en ideal seamos enemigos de toda violencia sobre los hombres". Esto me induce a creer así mismo que para la salud social ha sido de gran provecho el descubrimiento de este bacilo de la imbecilidad que es el monigote, más infeccioso que el de Koch, cuya cabeza dura y abultada ha de golpearse implacablemente como es el consejo textual de Lenín. Léase el soneto "La curul" de Jean D'Argente que viene a ser como un apunte de Masereel puesto en verso y nos encontraremos también con esa inefable cabeza

donde la necedad se encuentra presa
para siempre jamás..

De parecidas sugestiones reveladoras que nos traen a la memoria cosas leídas y pensadas están llenas estas valientes producciones. No intentaremos el análisis particular de cada una, pero después de repasarlas todas con atención varias veces, nos hallamos con que han dejado conceptos, ideas, un nuevo cánon para medir las cosas y una clara visión— no de lo que les gusta generalmente a los poetas como las gotas de rocío, o la cándida azucena que exhala fragancias, sino de lo que no les gusta, que en estos tiempos de realidades grotescas resulta—por lo que tiene de destructor — el servicio más eficaz que se le pueda prestar a la belleza.



Arte de guante y zapatilla

(Madera de *Emilia Prieto*)

Hay en estos versos procedimientos ingeniosos para denunciar la crujiente y pesada estupidez en que andamos perdidos. Hay elementos que son verdaderas equivalencias para caracterizar la estulticia y la mentecatez. Recordamos el gracioso recurso de Leo Lania cuando dice en el programa de "Coyuntura". "El protagonista de esta comedia es el petróleo". De modo parecido nos presenta D'Argente, haciendo énfasis sagaz sobre adminículos indumentaria y minucias: "bigotes borgoñones" — "blandos repollos de cristiana huerta", "alcantarillas", "tristes zapatos" y "refrescos con pajillas", por ejemplo, la nomenclatura que es su secreto, el rico material de sustancias en descomposición de que dispone su talento para elaborar este fino producto de su sátira.

Desembarazado de una comodidosa ideología anárquica o de manga ancha en boga que como la cueva del atmos se abre hacia la nada, y desdeñoso de un arte de lisonjas, este Jean D'Argente se ha puesto por magia de honradez en una posición social y literaria muy difícil de alcanzar. El proceso no es de automatismo. Está dentro de sus fecundas complejidades bien analizado por Plejanov y da como resultado esta vertical que en una geometría de lo moral y lo subjetivo, ha costado grados y grados de ascensión. Tampoco le preocupa una técnica de efectismos. Nada nos llega en estas composiciones de aquellas tendencias literarias y artísticas de hace un lustro—que revolucionarias en la forma eran reaccionarias en cuanto a su fondo y contenido. Son todos sonetos sencillos de buena construcción, fáciles; e insisto en esto recordando a aquellos imaginistas que por sostener pose de originalidad se declararon en guerra contra el verbo y la sintaxis. De ahí que suenen bien y que su tono ideológico les dé claridad y plenitud de trompeta que llamara a juicio.

Fealdad de cosa municipal hay en nuestro ambiente de provincias tristes. Horrible desentono en la cultura. Sordidez en hombres e instituciones. "Beocios" llama D'Argente a esa fauna chavacana de panzudos elefantes que agitan con petulancia su probosis en el jardín zoológico de nuestra docencia. Y aquí no hay disimulo para su indignación; condenando se espiritualiza porque son quizá los payasos más grotescos de la mascarada. La misma cursi realidad vuelve en "Acto Público";—van a escena jóvenes estudiantes contaminados de necedad e hipocresía como herencia fatal de la generación que antecede. Por penetración de lo psico-social se hace evidente que el fanatismo de la beata gruñona es por efecto accidental de lo cronológico, la liviana frivolidad de la niña bien o la inconstancia del badulaque flirteador.

Jean D'Argente revuelve el charco de los patos, ha metido bulla en el gallinero y llamando las cosas por su nombre construye un drenaje saneador e higienizante. Por hacerlo en forma notable no he podido contener el entusiasmo de escribir estas notas.

Golpeando en verso

Por JEAN D'ARGENTE

= *Envío del autor.* Costa Rica y abril de 1936.—Recomendamos la lectura atenta de estos versos. Reflejan con claridad y certeza algunos de los aspectos de esta horrible pesadumbre: *la mentecatez y el fariseísmo costarricenses* =

Fiesta militar

Clásica música de galardones
para los grandes pavos galonados
que atusaban bigotes borgoñones
en tinta y agua, oscuros y enlunados.

Un cortejo vulgar de cepillados
mancebitos-tenientes, en calzones
de hierba verde en dormilones prados,
disparaban miradas a los sones.

Las generalas y las brigadieras,
blandos repollos de cristiana huerta,
volvíanse más dulzonas que las peras.

La embajadora, en media lengua, lora,
de par en par abría la compuerta
a un sentimentalismo de deshora.

Angeles de Caridad

Bien olientes, gloriosos, enguantados,
llegan en autos último modelo
de los que les regala un Ford del cielo
que los mima en millones al contado.

El señor arzobispo está encantado
de su redil, envuelto en terciopelo,
de la teoría angelical, que en vuelo
de caridad, responde a su llamado.

"Doña Hortensia es el ángel de los pobres";
"Doña Asunción tiene una cría de gatos";
"A su eminencia les escasean los cobres".

Firman cheques con mano angelical,
¡qué altos están los dólares ingratos!,
para importar un trono arzobispal.

La belleza de la Reina

Elefantes, girafas y gibones,
con cánones de estéticas difuntas,
lujuriosos se aprestan en las juntas
para dictar sus santas decisiones.

Pasa una mis; los ojos alegrones
del jurado se clavan como puntas
que desgarran las mallas a preguntas
y traducen sexuales perversiones.

¡Triunfa la mis! ¡Estallan los yasbanes!
elefantes, girafas y gibones,
tras de su olor se enfilan como canes.

Pero la mis ya tiene partidario:
pasaerá su belleza en los salones
del brazo del panzudo millonario!

Comité de la Exposición

Lentes inexorables dictaminan,
sobre narices de catarro inquietas
la moral de los cuadros, y asesinan
los desnudos, desnudos de etiquetas.

Galerías y ternezas los fascinan
con sus luces de huevo y de violeta;
y ante el loco Van Gogh, se encalabrinan
buscando, inútilmente, la receta.

Adán sin Eva y sin la vieja astuta
enroscada en el tronco del manzano,
les parece una tesis disoluta.

Y en nombre de su bilis y su uremia,
consagran ante un público marrano,
domados pintorcillos de academia.

Sesión de la rueda

Preside un inspector de... alcantarillas;
el secretario, perro ratonero,
escribe el acta casi de rodillas
consignando palabras del primero.

Un ejemplar de tonto en sus casillas
guisa el elogio para el hombre austero
que, tomando refrescos con pajillas,
ha recorrido el Universo entero.

Se condecora a un socio ¿por?... rutina;
sintonizan su amor los corazones
y da vuelta la copa que se empina.

El hotelero anuncia comilona,
y el inspector, con decisión, mociona,
que todos hagan frente a los lechones.

Acto Público

Los trajes nuevos tiemblan de emociones
en la gloria oficial del último acto;
desafinan violines y violones
interpretando a un burlador abstracto.

Están callados ya los moscardones
de todo el año; pero en lance ex-acto,
un payaso, mojado en emociones,
con los vestidos nuevos hace pacto.

Gimotea estulticias; filosofa
acerca "del camino de la vida",
y a los materialistas apostrofa.

Se acuerdan de los sastres los graduados,
llora una solterona conmovida,
y el payaso se baja del tablado.

La curul

Sostiene a un monigote barrigudo
con más de dos quintales de pereza;
si del revés lo vuelve, es un felpudo
que ha subido escalones: la cabeza

en su espaldar, es un rosado nudo
donde la necedad se encuentra presa
para siempre jamás; por eso pudo
poner en cuatro patas su grandeza.

Para librarse de tan magno peso,
en una sesión plena, ella quisiera,
sacarlo por la puerta del Congreso

de cabeza a la calle bullanguera,
con este expeditísimo proceso:
de un solo puntapié por la trasera.

El retrato

¡Conformes! Benemérito es, no hay duda:
vedle los ojos, vedle la corbata,
banderón celestial que se le anuda
en cívica emoción de patria grata.

Su levita ritual aquí saluda
al popular prestigio que la acata;
manos de timonel, manos de ruda
obstinación, en la tarea ingrata

de repartir alpiste en comederos;
son tristes los zapatos, sin examen;
tristes; sin luz en sus charoles fieros

que espantan, sin quererlo, en triste sino,
a todos los doblados que los lamen
en la gloria triunfal de su camino.

La niña bien

Ofelia, nadadora de piscina;
psiquis de algún cupido de cinema;
mecanógrafa experta de oficina;
semivirgen del auto, ¡audaz teorema!

Monja de los hoteles; golondrina
de los bares de lujo, en la suprema
noche de tentación en que declina
la estrella de oro de su falso poema.

Por ti los calaveras tiran dados,
los viejos verdes toman chocolate,
engordan los fotógrafos pagados,

y el italiano de la pulpería,
a pesar de su cara de primate,
se entiende, para el fiado, con tu tía.

"Mijo el Dautor"
(Florencio Sánchez)

Siete años entre libros y museos
pasó Jacob, ¡sus años más felices!
¿y aprendió entre los viejos europeos
a mirar más allá de las narices?

Dicen que hizo cultura, según
muy rica en variedad y en matices,
y que colmó sus más caros deseos
viendo llover sobre los techos grises

de París y de Londres y de Viena.
Pero al fin regresó, ya doctorado,
a esta tierra de pan, sufrida y buena.

Y aquí, con su copete y su librea,
¡tragedia del estómago malvado!
les sirve a los roedores de la aldea!

El bardo católico

Le salen las violetas a montones
de la pechuga hinchada de lirismo
y cultiva repollos de ilusiones
en su huerta de tonto anacronismo.

Hace con sus monadas ediciones
con el "nihil obstat" del clericalismo
y obtiene así clientela en los dulzones
curitas que le dieron el bautismo.

Del pobre San Francisco es asesino,
rimándole sus flores bien regadas;
¡más no se atreve con Tomás de Aquino!

Y no baja al Jordán como el Mesías,
a escuchar maravillas; sus monadas
huelen a cera de las sacristías.

Beocios

¡Salve! casta de orondos enseñantes,
heroicos tragadores de manuales,
porque tenéis un mundo en los estantes
ya purgado de errores y de males!

¡Salve! grey de panzudos elefantes
que plantáis vuestros ocios cerebrales
en el fresco jardín de los infantes
y hacéis de las ideas pedernales.

Sois muñecos de cera, que en el viejo
cuento de la mulata decidora,
servía para atrapar a Tío Conejo.

Mas quedaréis burlados, ciudadanos,
con vuestros manualitos de deshora
y un puñado de ceniza en vuestras manos!

Prayers and prey

¡Quién nos dijera que este sonrosado
y sonriente señor, que lleva al pecho
medallitas de santos, y que ha estado
en Tierra Santa y que ya tiene hecho

un mausuleo de mármol bien labrado
allá en el cementerio, esté en acecho
de huérfanas y viudas! encantado
de sacarle a sus leyes buen provecho.

Cuando cae nuevo cliente en el despacho
le regala oraciones y novenas,
y luego, el muy taimado, sin empacho,

le redacta la cuenta milagrosa,
ocultando con guiños de alma buena,
una actitud de mantis religiosa!

ESCRITORES FALLECIDOS

Alberto Guillén



El 30 del pasado mes murió en Arequipa (Perú), a los 39 años, el poeta Alberto Guillén. Entre los escritores americanos de la última generación, el nombre y la obra de Alberto Guillén, ocupaban por derecho propio destacado lugar. Espíritu fogoso y dinámico, trabajó su obra con ardiente y febril ansiedad, como si hubiera presentido su próximo silencio. Su viaje a España fué de gran influencia en su formación literaria, datando de aquella fecha sus libros iniciales y su amistad con los más auténticos valores de la península. La obra lírica de Guillén tiene raíz y substancia genuinamente americana. "Alberto Guillén—escribió José Carlos Mariátegui, la otra voz espléndida del Perú, callada en pleno mediodía—heredó de la generación "colónida" el espíritu iconoclasta y ególatra. Extremó en su poesía la exaltación paranoica del yo. Pero, a tono con el nuevo estado de ánimo que maduraba ya, tuvo su poesía un acento viril. Extraño a los venenos de la urbe, Guillén discurrió con rústico y pánico sentimiento, por los caminos del agro y la égloga. Enfermo de individualismo y nietzschanismo, se sintió un superhombre. En Guillén la poesía peruana regaba, un poco desgarbada, pero oportuna y definitivamente, sus surtidores y sus fontanas". Las obras del poeta desaparecido son: **Prometeo, Deucalión, El Libro de las Parábolas, La imitación de Nuestro Señor Yo, La linterna de Diógenes, Corazón infante, Laureles, Epigramas, Breve antología peruana, Poetas jóvenes de América, Una mujer para un día de primavera, Leyenda Patria** y **Cancionero.** Tenía, además, trece obras inéditas listas para publicar.

La muerte de Guillén nos ha sorprendido dolorosamente. Guillén era amigo nuestro desde hacía muchos años y a él le debemos precisamente las primeras y más espontáneas palabras de estímulo a propósito de la aparición de esta hoja. Y en su última carta, llegada hace pocos días, nos agradecía el haberlo designado representante de "Norte" en el Perú. "Los amigos os dirán también—dice en el prólogo de **Cancionero,** refiriéndose a los autores que hablan en el mismo libro de su obra—que he de quedar mañana, cuando la muerte venga a mí con mano seca: que soy de los que mueren en la vida para otra vida más larga". Que las palabras de nuestro amigo sean una profecía para su eternidad.

(De *Norte*. Buenos Aires. 1.º Nov. de 1935).

Prematuramente ha bajado a la tumba Alberto Guillén, el ilustre colaborador peruano de nuestra Revista.

En definitiva ¿quién es Guillén?—se preguntaba Gómez de la Serna. Y agregó: Alberto Guillén es un joven peruano, un poco tirado para atrás y con tipo de pollo de águila:—"Mis alas!" dice, de vez en cuando, con acervo pico.

Y el pontífice del Pombo, con sus minuciosas sugerencias, con esa genialidad muy suya para atomizar cosas e ideas, delineó el **egocentrismo** y la originalidad artística del poeta arequipeño, diciendo que usaba la sortija en el índice, "en el dedo en que no debe llevarse", como si Guillén hiciera eso "para adornar el acto de meterse el dedo en la

Augusto Arias, escritor ecuatoriano, dice: "Guillén marcha al encuentro de sí mismo y se crucifica o se abraza, se da y se repele y cae, al fin, fatigado que no vencido para buscar en la tierra madre el vigor de los abrazos eternos". Y es que el "yo tremendo y obstinado, el nombre propio, desnudo y cantante" no puede hallar su eco sino en el espíritu de los que no son extranjeros dentro de su propio **yo,** en el seno de ese fantasma abstracto que reside dentro de nuestro organismo físico.

Producto autóctono de nuestro mundo, Guillén es esa expresión balbuciente de la América futura que no tendrá de Europa sino el cordón umbical de la humanidad, para recrear una humanidad sin cercos y sin orillas que diastolizará su savia bajo la Cruz del Sud para hacer crecer la planta de la esperanza humana.

Guillén ha sabido superar el romanticismo, y de la exaltación del **yo,** ha pasado a ser el intérprete armonioso de su tierra y de sus antepasados. Sus últimos versos tienen un sentido social, despojados como se hallan del delirio individualista. Se repite de esta manera en América el caso de Maurice Barrés que buscando su **yo,** descubrió que, en último análisis, la personalidad literaria no alcanza su plenitud si no actúa como una manifestación de la conciencia nacional. La Tierra y los Muertos aparecen siempre en las raíces de todo Arte verdadero y perdurable.

(De *Guarania*. Asunción del Paraguay. Enero de 1936.)

El burro por delante

(Apunte biográfico)

= De *El Argentino*. La Plata, Rep. Argentina, 12 de agosto de 1935 =

Nací no sé que año. ¿Por qué no sé el año en que nací? Si los siglos futuros me lo preguntan, yo no sabría responder. Quizá el cura de mi pueblo se cale las gafas y les responda a los historiadores que busquen el rastro de alpargatas por los caminos de los días. Los registros suelen tener buena memoria.

Pero ahora tengo veinte años. Soy como los tigres, siempre jóvenes bajo su arlequín de terciopelo. Veinte años tiene mi orgullo y mi juvenil desenfado no envejece. Más bien mi alma es vieja. El otro día le conté sobre la frente las arrugas todas de la tierra. Yo he vivido hacen doscientos mil años, de eso sí me acuerdo. El registro de mis días lo lleva el viento confidente. ¡Pero qué vieja es mi alma! Y arrugada y altanera como las montañas.

Han pasado días como en los cuentos Calleja y ahora, en vez de Rey panzudo, soy un poeta bachiller en 3 asignaturas. Quiere decir, que comprendo la guiñadita de la nube, pero el Caballero Sancho Panza me parece un don Quijote más humano y de menos triste figura que el manchego. Mi afición de poeta se definió siendo yo amanuense de un primo abogadil. Hoy me creo un pájaro. Como ayer era rana en mi cuna y mañana un esqueleto bailarín. ¡Sé volar! Pero no olvido que voy amarrado a la tierra por las raíces de los pies. Hago libros. Visto mi alma con disfraces de papel. Y voy vendiendo retacillos de corazón en la subasta.

Ocho libros, ocho hijos ya y no tengo ni barriga para poder aspirar a un escaño diputadil. Más bien me sigue el ala fastidiando en el hombro como muleta para caminar de brazo de la nube.

Pronto seré abuelo. Pues mis hijos, mis libros, ya van siendo mayores y comienzan a empollar. Se me imita. Es decir, mis libros fecundan ya otras almas menores abiertas como manos abiertas. Almas con ovario. ¡El polen va, qué queréis! Si encuentra abierta la flor, la fecunda. Yo no me enfado. Ni aun cuando enseguida me insultan. Y es que esos que me insultan después de saquearme, se parecen a los niños que le pegan a la niñera después de haber mamado. Así, pues, mi alma es a modo de una niñera...

¿Soy ególatra? Quizá, quizá. ¿A qué adorar a otros? Ayer fuí en busca de un hombre lo confieso. Pero mi linternilla de Diógenes humorista no hizo sino reír. Hoy me avergüenzo de aquella aventura. Y me avergüenzo porque el espejo me ha hecho una confidencia: Diógenes, si no era mujer, era un can. Sólo una mujer o un perro pueden pasarse la vida buscando un hombre. En cuanto a Narciso se ahogará en las ondas de su espejo. Mejor. Quizá si es la única forma aceptable de suicidio.

Alberto Guillén

Arequipa, Perú. Agosto de 1935.

Don Ramón del Valle Inclán

Por PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

= De *La Nación*.—Buenos Aires, Rep. Argentina, Enero 26 del 1936 =

El amigo de América.—Don Ramón del Valle Inclán fué amigo de América porque vivió su América íntimamente. La vivió íntimamente en la edad en que íntimamente se penetra en la cosas vitales: en la juventud temprana. Era joven de veinte años, o de muy poco más, cuando fué a Méjico. No era entonces ni siquiera escritor: apenas aprendiz de periodista. Trabajó cerca de Gutiérrez Nájera, si no me equivoco; de Urbina, de Díaz Dufoo. Conoció el Méjico de Porfirio Díaz, con su paz augusta, con su renacimiento de opulencia—como en toda América — después de ochenta años de transformación y tránsito desde la organización colonial, allí vasta y compleja, hasta la vida nueva de aire europeo, de estilo siglo XIX. La ciudad capital tenía entonces solemnidad y reposo de monumento. Pero el campo, las aldeas, los pueblos, que Valle Inclán conoció, no sabemos bien cómo, revelaban otro Méjico: arcaico, incomunicado, dolorido.

Volvió Valle Inclán a España. Se hizo escritor, se hizo famoso. De pronto, durante uno de esos períodos de la edad madura en que, sin razón sabida, resucitamos y reconstruímos períodos de nuestro pasado, sintió la nostalgia de sus años juveniles de América. Había estado en Cuba, tal vez de paso; conoció la Argentina, en visita, ya hombre maduro; pero su América vivida era Méjico. Y a Méjico volvió, después de unos veinticinco años de ausencia. El país estaba transformado de nuevo; en vez del aire europeo, buscaba el propio; creía tener ya derecho a él. Faltaba la paz imperial; pero el campo, la aldea, hablaban por fin. Valle Inclán sintió el gozo de la renovación como el más revolucionario de los mejicanos. Hizo tres disertaciones—admirables—sobre su concepción del porvenir humano y terminó profetizando que "bajo el nuevo arco de justicia todos nos salvaremos". Y al despedirse estrechaba la mano del indio rebelde:

Indio mejicano,
la mano en la mano...
Lo primero:
colgar al encomendero.

Entre los encomenderos de hoy incluía tanto criollos como españoles. Su dureza de revolucionario lo hacía intransigente con los españoles de América. Como Las Casas, como Mina, se sentía capaz de pelear contra los suyos en defensa de la justicia. Pero su fantasía le hacía ver encomenderos en muchos hombres de trabajo y de sacrificio.

Si se inquiría de él cómo conciliaba sus ideales renovadores con su tradicionalismo de carlista, procedía como el personaje de Galdós que redactaba una "historia lógico-natural de España": "Al revés de la dinastía actual, en que todo se adultera, el carlismo habría representado el regreso a la tradición española genuina, a la medieval, sin influencia de Austrias ni de Borbones. Y eso, ya se sabe, quiere decir cortes auténticas, libertades municipales, gremios de trabajadores, ejidos comunales... De ahí habría resultado cómodo el paso hacia nuevas normas de justicia social". Bien es verdad que cuando se le preguntaba cómo podía entenderse con los carlistas, replicaba: "Es que hay dos clases de carlistas: los otros y yo. A los otros ni los miro ni los trato".



Valle-Inclán
Caricatura de *García Cabral*

Al fin, del cultivo de su América salió el fruto maduro que es "Tirano Banderas". Gentes pueriles quieren identificar el personaje y el país. Se equivocan: no hay clave. Hay, sí, reminiscencias francas, y hasta errores fingidos, como llamarle de pronto Don Telesforo al personaje que en la novela se llama Don Celestino: transparente alusión a Telesforo García, español distinguido, por la cultura intelectual y por la actividad práctica, que residió largos años en Méjico. En el presidente Banderas puso rasgos de caudillos de todas partes, despóticos o benévolos: de Porfirio Díaz como de Hipólito Irigoyen. El apóstol de la regeneración recuerda a Martí, a Madero. Santa Fe de Tierra Firme es una América en síntesis; el procedimiento está declarado en el habla de los personajes: dialecto en que confluyen—deliberadamente—formas de expresión de Méjico, de Cuba, del Perú, de Venezuela, de Chile, del Río de la Plata.

La obra estiliza con rara perfección acontecimientos típicos de la vida pública en la América española. Rara perfección, en que el autor vive la vida de su novela en el plano de la contemplación purificadora, sin participación apasionada como la que hinche de indignación las páginas de "Amalia", pero sin la fría distancia presuntuosa, engendradora del desdén y la sátira.

Purificaciones. — En "Tirano Banderas" pone Valle Inclán iguales procedimientos que en muchas de sus obras de asunto español: tales las novelas y las tragicomedias de "La guerra carlista". El dialecto de sus personajes populares no es local: es sintético, urdimbre de Castilla y trama de León, matiz de hilos de Asturias, o de Aragón, o de Andalucía. Y los lugares no son lugares: el escenario es España, la España total. Ni en los personajes hay rasgos, toques, accidentes locales ni temporales. En sus conversaciones, Valle Inclán decía: "Para... (aquí, nombre de pintor famoso), el gitano es su cara verdimorena, es su traje. Eso es equivocado. Hay que buscar al gitano en su esencia".

Su estética, clara y profunda, concebida y expresada con exactitud exquisita en "La lámpara maravillosa", aconseja anular las horas. Las horas son el símbolo de la mutación. Y hay que anular la mutación, la variación, la dispersión. Su estética busca los arquetipos: estética de las normas clásicas, que él enlaza metafísicamente con el quietismo místico. Así se levanta, ascendiendo sobre las rocas de mármol de Grecia, hasta contemplar las cimas de la mística cristiana y de la mística búdica.

A veces, sí, quiso pintar épocas: le atrajo la de Isabel II, "la reina castiza". Entonces se sumergió en el pasado, revolviendo libros, manuscritos, periódicos, hojas sueltas, pasquines, recogiendo oralmente hechos, dichos, coplas. De ahí debía salir la esencia de aquel mundo desaparecido. Pero se imponía otra purificación: la destilación de los materiales de trabajo. Cuando acabó de escribir la primera novela de la serie de "El ruedo ibérico", estimó que el material quedaba demasiado crudo, que la obra quedaba demasiado próxima a la crónica. Y entonces se sentó—en su cama, como Stevenson, enfermo dominador de la enfermedad, a la manera de Valle Inclán—a reescribir su novela. ¡Ejemplo para todos los escritores del mundo hispánico!

Ascensión.—Valle Inclán se hizo escritor, realmente, después de cumplidos los treinta años. Su ejercicio previo, como provisional, eran periodismo y traducciones. Como suyo, apenas había publicado cuentos. Cuando se decide a ser novelista, está en dominio pleno de la expresión. Pero no supo eludir vicios de la época; había en el ambiente demasiado D'Annunzio, demasiados cisnes y lagos, demasiadas "principesse incestuose", como dice Marinetti; hasta—no va desacato—demasiado Verlaine. Las "Sonatas" se resienten. Pero en aquel refinamiento artificial había protesta contra el realismo prosaico, con restos de romanticismo casero, de la época de la Restauración. La señal de protesta la dió Rubén, llevando a España nuestra revolución de América. (Rubén: otro lazo con nuestro mundo. "Era esencialmente bueno —conversaba D. Ramón—. Tenía fallas de hombre. Pero ninguno de los pecados del ángel: ni ira, ni soberbia, ni envidia").

Con los años, Valle Inclán se alejó de las modas versallescas. Tenía naturaleza bravía de conquistador, no de cortesano; como a Hernán Cortés, "no se le daba nada de traer muchas sedas e damascos, ni rasos, sino llanamente e muy polido". Pero conquistador como Bernal Díaz, capaz de romper los hierros con que se marca a los indios. La literatura era sólo uno de sus caminos posibles. La adopta definitivamente después de su mutilación: mutilación que lo obliga a decidirse a abandonar sus sueños de caballero andante, fuera de lugar en tiempos de guerra a máquina y conquistas de mercados. Pero su literatura tenía que compendiar, al fin, todos los caminos. El novelista se va haciendo recio. Degüella sus cisnes, como dice en "La lámpara

maravillosa" (González Martínez, el poeta de Méjico, había dicho ya: "Tuércele el cuello al cisne".) Deja las sedas y busca el hierro. Hay sonido de hierro en "La guerra carlista". Pero no ha perdido las cualidades compensatorias. En "Los cruzados de la causa" — obra maestra no muy leída — hay ternura congojosa junto a fiera barbarie. Y cuando se le pide teatro para niños, crea este puro deleite: "La cabeza del dragón".

Después, no se estanca, no se repite. De recio se vuelve acre. Fija su atención en la locura humana; cada pueblo se revela, mejor que en toda otra cosa, en sus maneras de locura. Crea esos desfiles goyescos que bautiza con el nombre de "esperpentos". Y en "El ruedo ibérico" cuenta la historia de la insensatez hecha gobierno, hecha corte.

Saber y conversación. — Si Valle Inclán no hubiera escrito "La lámpara maravillosa", libro de finas calidades filosóficas, breve y denso, el investigador tendría que recomponer con sumo esfuerzo el pensamiento de este artista creador. Pero el libro no dice, o dice a medias, muchas cosas que la conversación revelaba.

Valle Inclán no leía mucha literatura. Tenía, en cambio, lecturas de teología y de mística; información — sin ninguna aquiescencia pueril o insensata — sobre magia y demonología, sobre astrología y alquimia. Buen contemplador de artes plásticas. En ocasiones daba pormenores recónditos sobre casos históricos, o sobre hechos geográficos, o sobre plantas de farmacopea, o sobre minerales. Y, ¡desde luego!, leía tratados sobre las artes de la guerra.

Su conversación no era torrencial; inagotable sí (doy el testimonio de ocho días de viaje compartido). Todos los temas se levantaban rápidamente a plano superior· don espontáneo de espíritu grande. Asombraba tanto saber curioso que nunca se lucía en escritos, que servía sólo para exprimir entre muchos jugos que alimentaban la obra de arte: otro ejemplo singular para artistas del mundo hispánico.

Sólo quien haya oído largamente esta conversación conocerá todos los secretos y razones del arte de Valle Inclán. En español no sólo tenemos pocos autores de memorias y de cartas: no tenemos Boswells ni Eckermanns. Hay conversadores estupendos, como Unamuno; pero escriben tanto, que se revelan íntegros. Aplican el consejo: "Every man his own Boswell". Para don Ramón hizo grave falta el Boswell.

En 1920, después de años en que su presencia en Madrid no era muy constante, se instaló allí y dió en asistir con regularidad a las tertulias de café donde se reunían principalmente los redactores de la revista "España": Luis Araquistain, Enrique Díez Canedo, Manuel Azaña, Luis Bello, Juan de la Encina, Manuel Pedroso; en ocasiones, Antonio Machado, Eugenio d'Ors, Américo Castro, José Moreno Villa... La palabra de Valle Inclán estaba en su plenitud. Nos sentíamos ante singular espectáculo, en que la madurez templaba y doraba los ímpetus, antes bravíos en exceso, según todas las noticias. Araquistain comentó el suceso en "La Voz", el diario nuevo de entonces, bajo el título: "Valle Inclán en la corte". Hasta el corresponsal del "New York Times" se creyó obligado a hablar del tema.

Tienen fama las fábulas que relataba D. Ramón. Eran la historia soñada, las hazañas del frustrado conquistador. Gómez de la Serna ha contado "De cómo perdió el brazo D. Ramón del Valle Inclán": siete versiones recogidas de labios del protagonista. Ninguna, claro es, tiene nada que ver la mediocre realidad. Al avanzar la madurez, las fábulas, o habían desaparecido, o se habían reducido a muy poco. Pude observar que Valle Inclán nunca decía mentira sobre nadie, ni menos contra nadie. Sólo su persona podía ser pretexto para la fábula: era una manera, otra manera, de creación.

El monstruo de la United Fruit sigue tragándose las tierras del Sur
¿Cuándo abrirá Costa Rica los ojos?...

Por JUAN DEL CAMINO

= *Colaboración*. Costa Rica y abril de 1936 =

Ya tendió bien su red monopolizadora la United Fruit Cº sobre nuestra región Sur del Pacífico. Le ha bastado el corto tiempo de dos años para realizar una obra de absorción perfecta. ¿No se ha dado cuenta el país de lo que significa la United Fruit Cº devorando día con día las tierras del Sur que salen al océano Pacífico? ¿Quién se lo dice? ¿Qué necesidad hay de explicarle esa realidad aterradora? La Compañía es poderosa y sabe poner sordina a periódicos y a escritores. Mientras tanto, aquello se va definitivamente y pasa a ser feudo de la más vandálica empresa que se ha organizado en los Estados Unidos para volver factorías a estos pueblos. Costa Rica es factoría de la United Fruit Cº. La entrega se ha perfeccionado con haberle dado atribuciones para trasladarse al Sur después de haber vuelto erial la parte del Atlántico. Somos vasallos y la conquista progresa aceleradamente con el anuncio de estar realizada a la vuelta de pocos años.

El índice claro del dominio de la United Fruit Cº en el Sur lo dan los periódicos que se ocupan de registrar a diario las transacciones de tierras y fincas. Esas transacciones significan que esa región es conocida y la United Fruit Cº sabe el valor justo de ella. Nunca antes vió nadie en las columnas de los periódicos noticias de ventas de fincas en aquellos confines por sumas tan fabulosas como esta—por ejemplo—de cincuenta mil dólares por una sola posesión bananera. Los mismos favoritos de la United Fruit Cº en la región Atlántica son los que ahora organizan en la del Pacífico la compra de plantaciones y suelos. En realidad la Compañía no opera en ninguno de nuestros países sin estas creaturas de su entraña. Las ha formado para que le sirvan de garras. En donde la United Fruit Cº caiga con su organización de explotación allí aparecen esas miserables creaturas. Desempeñan el oficio acertadamente comprando lo que la frutera tiene ya señalado en su plan de absorción. Esto explica por qué siempre los mismos hombres son los que dan sumas enormes por posesiones de las regiones bananeras. La Compañía no quiere hacer directamente las compras para librarse del cargo de monopolizadora y latifundista. Pero cuando ya no teme la censura hace que sus creaturas le vendan y cedan cuanto derecho obtuvieron para ella.

En el Sur han existido por muchas décadas inmensas extensiones de tierra intocadas, desvalorizadas. Las considerábamos como una reserva para el futuro. Hablar de esas tierras era representarse selvas inmensas llenas de maderas o llanuras cubiertas de pastos naturales. Era imaginarse ríos caudalosos con vegas fecundísimas. Era imaginarse el suelo dispuesto a recibir sin restricciones al hombre deseoso de obtener su parcela libre para el trabajo fuerte. Pero la United Fruit Cº agotó la región del Atlántico y pidió esa del Pacífico. Se la dieron gobiernos y ejecutivos venales. Había que darle esa región a la maldita Compañía, porque ella es poderosa y sabe cómo mover opinión y convencer de que sin ella no hay actividades en el país caído bajo su desgraciado dominio. Al darle el Sur a la Compañía bananera le hicieron a Costa Rica el último de los

grandes males que la hará morir en el horrible vasallaje en que mueren los países convertidos en factoría.

En enormes extensiones va apropiándose la United Fruit C⁰ del Sur. Hay que imaginar que una posesión vendida hoy en cincuenta mil dólares necesita ser de muy vasta superficie. Y en aquellas extensiones no controladas nunca por el más rudimentario catastro siquiera, le es fácil al latifundista adiestrado por la bananera tirar líneas por todos los rumbos hasta cercar lo que le satisfaga. Este mal enorme de no tener control ninguno las medidas de los topógrafos al servicio del latifundista en regiones baldías es aterrador. Nadie hasta ahora ha tratado de impedirlo. El latifundista lleva sus topógrafos a la selva y allí la tasajea por donde le interesa ir pasando su señal de dominio perpetuo. ¿Quién controló a aquellas creaturas que organizó la United Fruit Company bajo el seudónimo de "Golfo Dulce Lands C⁰"? Estos testaferros miserables se apoderaron de ríos navegables y tierras fecundísimas sin que en su carrera diabólica y vandálica sufrieran nunca el más ligero reproche. Sus topógrafos trabajaron durante años y al final de esa tarea el país encontró cercado un inmenso territorio que traspasaron los testaferros a la United Fruit C⁰. Estamos seguros de que allí hay miles de hectáreas robadas porque están fuera de los malos títulos con que los ejecutores de la bananera se presentaron a medir y a cercar. Pero hacen la iniquidad porque ni gobiernos ni congresos controlan al monstruo o a las creaturas del monstruo.

En lo que ahora van cercando en la región que había quedado fuera del vandalismo de la "Golfo Dulce Lands C⁰" está ocurriendo lo mismo. Allí cogen extensiones grandes de tierra para cercarlas y traspasarlas a la United Fruit C⁰. Si hay poseedores o propietarios a quienes la línea acaparadora envuelve, los silencian de muy diversas maneras. El objeto es eliminar y extender hasta lo inconcebible el latifundio. Sabe la United Fuit C⁰ que cogida la tierra ha cogido el dominio. Cuando intenten meterse por allí tendrán los intrusos el palo de la bananera que les cae duro para hacerles sentir la dureza de un feudo trabajado mediante la imbecilidad y la maldad de los hombres que han hecho de gobernantes o de legisladores. A esto lo llaman disfrutar de los beneficios de la United Fruit C⁰. Son los beneficios encontrados por el leguleyo contratado por la bananera para que vuelva color de rosa esa cosa nauseabunda que son los negocios en poder de la United Fruit C⁰. El rábula prepara los contratos en cada uno de nuestros países y luego mete alientos en congresos y gobiernos, da dineros a los periódicos y al final la United Fruit C⁰, obtiene esos bochornosos contratos que la vuelven dueña de un país.

En Costa Rica no nos estamos dando cuenta de lo que va a significar muy pronto la posesión de la tierra realizada por la United Fruit C⁰ en el Sur. La prensa diaria sólo nos cuenta de las siembras de grandes extensiones de banano, de la construcción de puentes y de embarcaderos por los hábiles ingenieros de la United Fruit C⁰. Es decir, la prensa está a tono con la bananera. Pero la realidad es otra y en lo que ignoramos del Sur está nuestra perdición. Las tierras se van definitivamente sin provecho para nadie más que para la United Fruit C⁰ y para los testaferros y afiliados que la ayudan en su menguadísima obra. Allí había suelo reservado para muchas generaciones. Allí habían maderas y pastos para las necesidades de esas generaciones. Pero abrieron unos hombres sin visión el camino a la conquista y la United Fruit C⁰ entró apresurada y clavó la garra insaciable. Lo que cerque, lo que haya cercado la bananera en el Sur no saldrá jamás de su dominio. No es que necesita las extensiones inmensas para llenarlas de cultivos en un período de tiempo corto. No. Lo que necesita es ser dueña de la tierra, saber que en el Registro Público hay innúmeras inscripciones que suman millares de hectáreas. Saber que mientras esos títulos estén allí nadie osará disputarle el latifundio tres o cuatro veces mayor que la superficie dada para la inscripción. Esto es realmente lo que a la United Fruit C⁰ interesa. Sólo que al costarricense no le interesa en ningún tiempo lo que hace y realiza aquí la bananera. Le han hecho creer los servidores de la Compañía que en su silencio y en la aceptación de todos los métodos ideados por la frutera para explotar está su prosperidad. Y se ha vuelto sumiso. No ve hoy—por ejemplo—la realidad sangrante del Atlántico. No quiere explicarse que la ruina que padece esa región es consecuencia del monopolio ejercido allí durante casi medio siglo por la United Fruit C⁰. Para el costarricense la región Atlántica se arruinó por la crisis que padece el mundo. No entiende que las tierras se agotaron ya. No entiende que la bananera cuando ya aquellos suelos no dieron el rendimiento comercial capaz de darle a ganar millones de dólares anuales cesó actividades y extendió la ruina. El monopolio tiene de grave que extermina competencias. Si en el Atlántico no hubiéramos cerrado el campo a otras compañías dispuestas a entrar en los mismos negocios en que hemos visto metida a la bananera, la ruina no estaría señoreándose por allá. Pero el amo fué uno y de la peor calaña.

Ese amo maldito ha caído por la chatura y la complicidad de gobiernos y congresos en la región Sur del Pacífico. Y aplica los mismos métodos de engaño, de explotación y de silencio. Sólo oímos decir que en el Sur habrá riqueza y la prosperidad vendrá gracias a la obra de la United Fruit C⁰. Ya tendrá esa región el mismo trato que tuvo la del Atlántico. Y veremos la ruina. Entonces no tendremos esas reservas que hoy cercan sin control ninguno los testaferros de la bananera. Entonces no tendremos la más rica y feraz región del país dispuesta a ser el regazo alentador del hombre de trabajo. Allí cruzarán las líneas de ferrocarriles y tranvías; se construirán muchos puentes y se levantarán cómodos edificios para viviendas y comercios de la bananera. Allí circulará el dólar y la aduana recibirá mucha mercadería. Allí sucederá en la industria y en el comercio lo mismo que sucedió en el Atlántico. Y quedará también como en el Atlántico el inmenso feudo ya agotado en donde apenas la obra material es el símbolo de la desgracia de un país. Pero este castigo no lo disfrutarán los testaferros de la bananera. Para la calaña que ahora hace en el Pacífico lo que hizo certeramente en el Atlántico sólo queda el vivir cómodamente; el viajar al exterior en barcos de la frutera con dineros de la frutera; el disfrutar de grandes oportunidades de exhibicionismo que sólo da la alianza con la organización que junta en cada país a los hombres de alma floja y torva que ponen por encima de la seguridad colectiva sus propios menguados intereses. Hombres sin fe y dispuestos a venderse y a vender lo que acaparen con título o sin él. Por estos hombres es que organizaciones del estilo rapaz con que se destaca la United Fruit C⁰ en nuestros países logran convertirse en poderes grandes sin los cuales no hay vida de ninguna clase.

Mas todo lo que la meditación nos trae en esta hora de penetración clara desentona en un medio achatado, comodidoso, adulón y estúpido. No nos desanima el ambiente. Lo señalamos en ese estado de inconsciencia en que se encuentra para que se vea que conocemos el material de trabajo. No pedimos aprobación a nadie en esta tarea y es por esto que no nos lamentamos ni nos desconsolamos. Vivimos esperanzados en nuevas generaciones que algún día aparecerán. Para ellas es que queremos defender el suelo del latifundio miserable y vandálico de la United Fuit C⁰.

Tablero

(1936)

De Bolívar dice Lecuna:

"en la adolescencia prefería oír la conversación de personas de más años a departir con niños de su misma edad".

Dijimos ya que teníamos en prensa un libro de R. Brenes Mesén. *Crítica Americana* se titula. Por el siguiente sumario, júzguese de su importancia:

1. Gabriela Mistral.
2. Ensayo sobre Bolívar.
3. "El Ejército de la Iliada".
4. José Martí.
5. Vestíbulo de "Ciles Alucinada".
6. Jaime Torres Bodet.
7. "El Pueblo del Sol".
8. Alberto Guillén.
9. Palabras socráticas.
10. El Anfora Sedienta.
11. Juana de Ibarbourou.
12. Enrique Federico Amiel.
13. Fragmento de Roncesvalles.
14. Erudición y Arte Literaria.

Precio del tomo, en edición cuidada: ₡ 3,50. Para el exterior: $ 1 U.S.A. Entenderse con el Administrador del **Rep. Am.** Correos: Letra X, San Jossé, Costa Rica.

"Pueblo chico" (Un libro original)

Sergio Rivera, buen muchacho, ha escrito una novela: "Pueblo chico". Pero hay algo más que una novela en este libro de S. R.

En efecto, "Pueblo chico" es el aguafuerte del paisaje incierto de una villa campesina: Cabaiguán, donde los hombres y las cosas se pierden en el plano monótono de sus tradiciones y hábitos de vida: dijérase un remanso al borde impetuoso del torrente de la humanidad.

Empero, Rivera vivifica el paisaje prestándole colorido y tono; descendiendo a las profundidades del alma campesina para presentárnosla en toda su sencillez característica, por medio del contraste y paradoja entre el ambiente local y las pasiones universales y humanas. Tal parece que Rivera ha tomado de la mano los hilos invisibles de dos mundos completamente distintos, con el fin de fundirlos en la trama de su novela. **Onelia,** que abandona su círculo para ascender a la elevada posición que ocupa su esposo, el señor **Rubio,** en las clases económics y sociales, en su condición de sub-administrador de un Central Azucarero, codeándose desde ese instante con la élite familiar de la villa y la capital. Sin embargo, la fusión no llega a realizarse nunca. Hay una sensación vaga de separación que les domina. Diríase dos esferas concéntricas girando vertiginosamente, y tratando de precipitarse la una dentro de la otra, sin que, como es lógico lleguen a realizarse nunca.

Mas, ¿qué pretende Sergio Rivera con esta novela? Simplemente, presentar a la humanidad tal como ella es. **Julio Luis** es una crítica personificada; es el hombre en su lucha ancestral contra los prejuicios; en tanto que **Adelfa,** es la síntesis de esa sociedad, con todos sus vicios y debilidades. **Onelia,** la mujer, simplemente la mujer, a quien el individualismo psíquico y el complejo de inferioridad mantienen atada a un convencionalismo que, cambia, aunque sólo exteriormente, el rumbo directriz de su vida.

Lo que nos sorprende en "Pueblo chico" es la recta determinación de los caracteres psicológicos. Ninguno de los personajes de S. R. pierde nada de su idiosincrasia a través de la trama integral de la novela, simplemente varían en su actuación externa para ajustarse a las necesidades y las situaciones en que se les coloca, pero conservando interiormente su carácter original, dando sensación, por este motivo, de estar frente a frente al sujeto humano real; con todas sus luchas y tragedias.

"Pueblo chico" es más que una novela; es la humanidad sorprendida en el estrecho recinto de una villa campesina.

Esta obra de Rivera—poeta también y periodista también—, no pretende reformar, no trastoca nada de lo existente; simplemente es un espejo donde, con mayor o menor aberración, cada uno se verá retratado, tal es la multiplicidad de tipos que la completan. Empero, su lectura dejará una sensación amarga en el alma y un germen de rebeldía moral en el corazón...

Antonio Ginzo

Ideales prácticos

La Federación Mundial de Asociaciones de Educación es un centro de intercambio de ideas y de experiencia práctica, una clearing-house de acumulación y de distribución de noticias para el desarrollo de la instrucción pública y de la educación como medios seguros de mejor inteligencia y amistad internacionales.

La enseñanza de los países civilizados debe imbuirse del espíritu nuevo de cooperación internacional como base fundamental de la vida del niño, de otra manera nada valdrán La Haya, Ginebra, la Sociedad de las Naciones, el Pacto Kellogg, ni siquiera miles de pactos y tratados, aun cuando sean firmados por los reyes y hombres de estado más grandes del mundo. Los niños de hay harán el mundo de mañana, y la Federación trata de averiguar como se pueda mejorar el carácter de la niñez del mundo entero.

Otro fin que lleva en mira la Federación es reunir las experiencis prácticas de todas las naciones de la tierra y lo que cada una de ellas ha contribuído y sigue contribuyendo en el ramo educativo, para formar una base fundamental de sabiduría de que cada nación pueda disponer para acelerar su propio progreso. La Federación no busca como fin la sujeción de la instrucción pública y de la educación mundial a una norma uniforme, definitiva e invariable; sino que trata reunir lo mejor que se realiza por cada nación para que de ello aprovechen las otras para conseguir una guía más exacta y eficiente, y así obtener resultados sin dilación.

Las naciones de la tierra no pueden ya continuar viviendo aisladas y separadas, porque hoy día los intereses de la raza humana son tan entrelazados que los de cada nación se determinan por los de las demás. Hemos llegado a la era de la cooperación internacional, no como ideal, sino como necesidad absoluta, y ya que los viejos parecemos atados por nuestros prejuicios, hay que fundar el mundo mejor de mañana en la educación y en la instrucción pública de la niñez y de la juventud.

Las Asociaciones de Educación, de Profesores, de Maestros, y todos los que se interesan en perfeccionar y adelantar la educación y la instrucción pública como medios de mejor inteligencia, amistad y justicia internacionales, quedan invitados a afiliarse a la Federación Mundial de Asociaciones de Educación, pidiendo particulares al Secretario General, 1201 Sixteenth Street, N. W. Washington, D. C., U. S. A.

El Séptimo Congreso Internacional de la Federación se celebrará en Tokyo, Japón, en agosto de 1937. Todas las naciones afiliadas a la Federación enviarán al Congreso las personas más destacadas en el campo de la enseñanza nacional. El concurso de las naciones que hablan castellano es indispensable para alcanzar los fines que lleva en mira la Federación, y a ellas dirigimos invitación particular para que se unan a la Federación por medio de sus respectivas asociaciones educativas.

Washington, enero de 1936.

España, moral de sig...

(*Viene de la pág. siguiente*)

destierro del futuro héroe una sospecha de fraude, que de confirmarse, habría explicado para los castellanos la decisión regia. El caso del Cid es comparable al de tantos otros hombres notorios perseguidos, justa o injustamente, por causas similares. Colón, Hernán Cortés, el gran duque de Osuna y cuantos más saborearon la persecución más acerba con olvido de lo que significó su obra inmortal.

Cierto que cuando la obra valiosa existe, entonces surge la reparación; nuestra historia está henchida de "reparaciones". Mas en esos casos ocurre que tras el presunto o real delito apunta la heroica grandeza del inculpado. Lo que no sucedió nunca es que los pícaros y sus compadres fuesen "reparados". Nunca erigirá España una estatua a Guzmán de Alfarache. Si alguna vez hubo proyecto de levantarla, el acto del domingo las hizo imposibles para siempre.

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
SUSCRICIÓN MENSUAL: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—JOSE MARTI.

Exterior:
El semestre, $ 3.50
El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

LAS ELECCIONES

España, moral de siglos

Por AMERICO CASTRO

= De *El Sol*. *Madrid*, 28 de febrero de 1936. =

El país acaba de mostrar sus preferencias y sus repulsas, y no sólo en el hecho de hacer virar en redondo la marcha de los asuntos públicos. El 12 de abril, el pueblo se alzó contra instituciones caducas y carcomidas; en masa votó a unas masas de diputados; le era igual éste o aquél, los que estaban en lista. Ahora no aconteció así. Por lo pronto, los partidos habían examinado con cierto escrúpulo la composición de sus candidaturas, y en el punto dramático de la votación, los electores han llegado a sutilezas de matiz que extrañan y admiran. Las gentes han dicho lo que quieren y cómo lo quieren. Se pide una reparación de las iniquidades y una sanción para los primeros responsables del estrago y la parálisis de España. Las masas, con delicado instinto, esta vez han puesto en su lugar a los individuos: usted se marcha a su casa y se calla; usted viene con nosotros, lo queremos mucho; pero le rogamos que ponga tiento en sus actos a usted, por histrión, lo castigamos a ceder su rango a los más modestos entre sus edecanes, y como no nos asusta nada, vamos a hacer discretamente experiencias de novedad trayendo a algunos comunistas. Ahora bien: todo este complicado artilugio vendría a tierra si como piedra de clave no le superpusiésemos a aquel que, lleno de talentos y mesuras, debe hoy figurar en primer término.

Las elecciones han sido una espléndida lección de moral. Las soleras de la raza han dado su virtud. Porque fué un tremendo engaño creer que la picardía pudiese nunca constituir el verdadero centro de la nación; flecos y caireles para momentáneas alegrías, no otra cosa. Al español le aburre en gran modo la intranquilidad pública; pero acaba por quitarle el sueño el que la desvergüenza cínica constituya un espectáculo habitual. Lo que en último término ha movido a la llamada masa neutra en grado decisivo fueron los recientes casos de fraude clamoroso, que, incubados en la tiniebla concupiscente, acabaron por estallar en luminosidades de escándalo. Los electores han votado desde luego contra la sevicia y las torturas; pero la composición reflexiva de los resultados fué inspirada por la ingenua fórmula "contra los ladrones y sus cómplices", ingenua, sí, pero en España de insospechadas eficacias.

España no supo nunca hacer una revolución, y siempre han fracasado todas aquellas que se intentaron. De ahí el error de organizar revoluciones y frentes antirrevolucionarios. España, en cambio, fué siempre maestra en organizar demostraciones y solemnidades de tipo moral y estético. Las derechas dirigieron sus fuegos contra algo inexistente y fueron a incitar, por otra parte, lo único que late vivo en las entrañas del pueblo: la reacción contra el cinismo. Esto obliga a pensar un poco.



Vive sin saberlo

Madera de Laporte

La inmortalidad pública fué siempre en España bastante exigua si se toma como término de referencia lo que sucede en otros lugares. El que las palabras "affaire" y "chantaje" no sean españolas revela que aquí no hubo materia suficiente para acuñarlas; es, en cambio, inversamente significativo que "pronunciamiento" y "guerrilla" hayan tomado carta de ciudadanía internacional. Siempre se exporta lo que rebasa. Huelga decir que no tratamos de otorgar patentes de mayor o menor inmoralidad a ningún país. Se habla de ello desde un punto de vista frío y objetivo y sin olvidar el conocido principio de que los defectos suelen ser el respaldo de las virtudes, y al revés. Quién sabe si la menos aguda inmoralidad del gobernante español no va pareja con lo elemental de nuestra vida, escasez de grandes empresas, no mucho espíritu de aventuras, e incluso con la débil ingerencia de lo femenino en las actividades superiores del hombre. Y por lo mismo que las historias de escándalo no abundan, las que surgen dejan en la conciencia pública un desgarro insuturable. La sanción es, a la larga, severísima. Hace bastantes años, no sé dónde, al descubrirse solemnemente la estatua de un señor ministro, sus pies aparecieron ligados con un simbólico grillete. La ironía recoge así el eco de la historia, que desde su fondo insondable clama un "no robarás" como suprema norma para la pública convivencia.

Desde siempre, el alma española viene orientada por afanes e inquietudes de tipo ético; la valoración de la conducta ha prevalecido sobre la actividad racional, que busca y construye nuevas exactitudes. Y la verdad es que el español no sabe ser a la vez pillo y valiosamente eficaz. A la primera inyección de inmoralina comienza a dar tumbos, como esos canes de laboratorio a quienes privan de alguna glándula esencial. No se sabe bien por qué las cosas acontezcan así. La caracterología de los pueblos no da aún respuestas suficientemente seguras que satisfagan al curioso. ¿Revelaría esto un simplismo excesivo en el carácter hispano? Sea como fuere, es evidente que la literatura moral ocupa amplísimo espacio, y que apenas tuvo aquí curso el arte de tipo cínico: Rabelais, Casanova, en cierto modo Rousseau, Wilde, Gide, tantos otros. El rasgo inmoral no ha intentado justificarse, y sobre todo no ha dado origen a nada extraordinario. Ya hace siglos la literatura picaresca intentó salvar toda una ralea de descarriados, confitándolos en moralidades ejemplares o lanzando sobre ellos las luces de un arte tan negativo como admirable. Los inmorales de Quevedo terminan disolviéndose en un nihilismo trascendental.

Para llegar a algo positivo, el español necesita el almohadillado de las virtudes. Decía Amado Nervo, el dilecto poeta:

> **Si eres bueno, sabrás todas las cosas sin libros, y no habrá para tu espíritu nada ilógico, nada injusto, nada negro en la vastedad del Universo.**

He aquí una veta de eterna hispanidad en la poesía de América, que igualmente aflora en el habla ingenua que usamos con el vecino. Dicen al niño: "sé bueno", mientras que en análogo momento el francés emplea "sois sage", y el alemán, "klug". Del niño hispano aguardamos bondad, algo que a posteriori pueda ser estimado como bueno; el francés pide una prudencia basada en saber y mesura, y pone el acento en el proceso, no en el futuro resultado. La bondad es un producto con que hay que acertar; la "sagesse" es un método.

La acusación de latrocinio fué siempre en nuestra historia un motivo de clamoroso escándalo. El Cid Rodrigo Díaz incurre en la ira de su señor Alfonso VI al ser acusado de concusión, de haber guardado para sí los tributos destinados al Rey. Parece que tal reproche fué calumnioso; mas no deja de tener sustancia que el poeta presentara como causa del

(*Pasa a la pág. anterior*)

Imp. La Tribuna